NOAM CHOMSKY

COOPERACIÓN O EXTINCIÓN



Cooperación o extinción

Noam Chomsky

Traducción de Jesús Negro García



Nadie es capaz de poner en relación con tanta tenacidad como Noam Chomsky las dos amenazas que se ciernen sobre la existencia humana organizada, a saber, un cambio climático catastrófico y unos aciagos dispositivos nucleares, de los que el propio ser humano es responsable; y hasta ahora no se habían presentado sus mensajes de advertencia y de llamada a la acción de un modo tan notable.

DANIEL ELLSBERG, divulgador de los *Papeles del Pentágono*

Extinción inminente

En su nuevo libro, Noam Chomsky escribe con un estilo contundente sobre las amenazas a la supervivencia planetaria, que hoy crecen de un modo alarmante. La perspectiva de la extinción humana asomó tras la Segunda Guerra Mundial, con el inicio de una nueva era que los científicos conocen hoy como Antropoceno. Chomsky traza de un modo excepcional la dualidad de la amenaza existencial que suponen las armas nucleares y el cambio climático, dando cuenta de cómo surgieron, cómo han evolucionado y cómo interactúan. La introducción y las entrevistas complementarias contextualizan tales amenazas en el marco de un poder corporativo global sin precedentes, que se ha puesto por encima de la capacidad de los estados nación para controlar el futuro y preservar el planeta. Chomsky proclama la urgente necesidad de que se materialicen tratados internacionales sobre las armas nucleares y sobre el cambio climático, e indica cómo una serie de movimientos populares ya se están movilizando por todo el mundo para forzar dichos acuerdos y afrontar este reto sin precedentes para la supervivencia de la civilización.

Considerado como el fundador de la lingüística moderna, **Noam Chomsky** es uno de los investigadores más citados de la actualidad, así como uno de los pocos y más influyentes intelectuales públicos de todo el mundo. Ha escrito más de cien libros, de los que el más reciente es *Réquiem por el sueño americano*. Antes de acceder a la Universidad de Arizona como profesor distinguido de Lingüística en 2017, se dedicó a

impartir clases en el Instituto Tecnológico de Massachusetts durante cincuenta años.

Charles Derber es profesor de Sociología en el Boston College.

Suren Moodliar es la directora editorial de *Socialism and Democracy.*

Paul Shannon forma parte del personal del programa Paz y Seguridad Económica del American Friends Service Committee (AFSC).

Introducción

No se puede pasar por alto la alarma de una «extinción inminente». Debería constituir un eje central firme de todo programa de concienciación, organización y activismo; figurar como trasfondo de cualquier forma de participación en todas las demás luchas. Pero, al mismo tiempo, no puede desplazar a estos otros asuntos, en parte porque tienen una gran importancia, pero también porque los dilemas existenciales no se pueden abordar de forma eficaz a menos que haya una conciencia y una comprensión generalizadas de lo apremiantes que son. Y algo así presupone una sensibilidad más amplia hacia los problemas e injusticias que hostigan al mundo, una toma de conciencia más profunda, que sirva para inspirar un activismo comprometido, con un enfoque más penetrante sobre las raíces de tales asuntos y las interrelaciones que entre ellos se dan. No tiene sentido propugnar la militancia cuando la población no está lista para ella, y para conseguir que lo esté no hay mayor secreto que el trabajo paciente. Puede resultar frustrante, si se considera que las amenazas existenciales son inminentes y muy reales, pero, en cualquier caso, se trata de etapas preliminares que no se pueden saltar.

NOAM CHOMSKY, diciembre de 2018

Una brumosa tarde de mediados de octubre de 2016, precisamente antes de las funestas elecciones que llevarían a Donald J. Trump a la Casa

Blanca, una gran multitud se congregó en el exterior de la histórica iglesia de Old South, en Boston. Llegó a ocupar el largo de más de dos manzanas. Aunque todos los presentes estaban preocupados por las inminentes elecciones, el voto no era lo único que les ocupaba la mente; algunos habían acudido desde allende las fronteras para asistir al «encuentro con Chomsky», el término con el que se designa genéricamente a las características charlas y conversaciones públicas que en tantas ocasiones tienen lugar cuando el distinguido lingüista e intelectual se dirige a una audiencia. En efecto, la juvenil concurrencia que cubría las aceras estaba a punto de interactuar con Noam Chomsky, tal y como sus abuelos habían hecho cincuenta años antes, cuando aquel se involucrara en el cuestionamiento público de una intervención estadounidense en Vietnam que aún iba a más. Con base en fuentes abiertamente disponibles para el público, el académico estructuró en esta ocasión una conferencia en una prosa sobria pero elocuente, con unos argumentos y un vocabulario de fácil comprensión para la vasta mayoría de los presentes. Este encuentro con Chomsky mantuvo el mismo esquema que en ocasiones pasadas y, así, como no puede ser de otra manera, hubo un holgado turno de preguntas y respuestas en el que el orador respondió a los interrogantes y comentarios, así como, incluso, a las infrecuentes interrupciones del auditorio. Cada una de las respuestas dadas se recibió con la misma atención serena y reflexiva con la que se había escuchado la propia charla principal. Quizá constituyesen la única excepción aquellos interrogantes en que se le exigía hablar de sí mismo. Estos casos recibieron un tratamiento diferente; los ignoró, pasó por encima de ellos o incluso los desechó con elegancia. Debido a sus profundas convicciones igualitarias y democráticas, parece que Chomsky encuentra tales cuestiones irrelevantes. Los hechos y argumentos que enarbola al servicio de las «causas del pueblo» las convierten en extravagancias.

Y la causa a la que había que dedicarse aquel octubre de 2016 era algo

diferente de aquellas a las que se había estado aplicando en años recientes. Sin referencia a ninguna atrocidad o transgresión en la que hubiera incurrido ningún superpoder, la charla de aquella tarde tenía el título de «Internacionalismo o extinción». El segundo sustantivo no se refería ni a algún tipo de política ni a ningún desastre particular, ya fuera en la esfera nacional o en la local, sino a la perspectiva de la destrucción de prácticamente todas las especies del planeta.

La audiencia allí reunida charlaba paciente y en voz baja mientras llegaba la hora en la que, por fin, se abrirían las puertas. No cabe duda de que el título de la disertación constituía una advertencia clara de la temática apocalíptica que se iba a abordar, pero ¿cómo se prepara a un auditorio, incluso a uno informado, para que considere que hay en marcha una serie de acontecimientos que pueden ser terminales para la mayoría de las especies, la propia incluida? Seguro que la experiencia del público congregado fue igual a la del presente lector ante este librito, anunciado con un título tan intimidante como puede tenerlo una lectura actual. Pero, como contrapartida, tenemos la promesa de Noam Chomsky de que los hechos complejos y las estructuras sociales que se nos imponen son susceptibles de razonamiento humano. La deliberación sosegada; el intercambio de perspectivas; los argumentos y los conceptos formulados con claridad; las narrativas históricas sin adornos; el cuestionamiento estratégico, y el compromiso colectivo para persuadir, presionar y sobreponerse a las causas de la destrucción forman parte en su conjunto del compromiso activista no declarado, aunque implícito, que subyace a una charla de Chomsky.

Este libro es un seguimiento de este encuentro en particular. El cuerpo principal, el capítulo 1, consiste en el discurso original, complementado con una serie de notas editoriales que conducirán al lector a los materiales a que se hace referencia, así como a otros recursos adicionales. Se sigue, en el capítulo 2, de la transcripción de una conversación en el mismo

encuentro con Wallace Shawn, un activista comprometido, más conocido como dramaturgo y actor de éxito. Sobre los pilares de una amistad iniciada en la Nicaragua sandinista de los ochenta, Wally Shawn reflexionaba en torno a las palabras de Chomsky y le pedía que respondiese a una pregunta siempre difícil, a saber, la de cómo convencer a todos aquellos que no estaban allí presentes de que hay que preocuparse, de que hay que hacer algo.

La respuesta debió de parecer insatisfactoria a la audiencia, y quizá también al propio Shawn. El interpelado hizo un recuento de las distintas oportunidades que se habían dado para materializar tratados, con ilustrativos ejemplos históricos y los fundamentos de dichos convenios. Más que mostrar una actitud displicente ante la pregunta, lo que hizo fue presentar a Wallace Shawn y al resto de la audiencia lo que parecía tan cercano a un «dogma de Chomsky» como cualquier enunciado del distinguido pensador, a saber, que debemos convencer a la gente de que hay que preocuparse y actuar a base de poner en evidencia los hechos, así como las oportunidades disponibles, entre las que se encontrarían dichos tratados. Sin embargo, no está garantizado que quienes escuchan vayan a tomar los rumbos de acción apropiados. Va implícito que la historia está en nuestras manos, en las de nuestra creatividad... y también en las de nuestros límites.

En el turno de debate con la audiencia, cuya transcripción conforma el capítulo 3, se siguió por los mismos derroteros de la conversación con Wallace Shawn, y, como suele ocurrir con los encuentros con Chomsky, se fueron repitiendo variantes de las mismas preguntas y respuestas. Aunque el dictamen subyacente nunca cambia, cada una de las contestaciones concretas es rica en detalles y está cuidadosamente argumentada, con respeto a las especificidades históricas de cada materia y, en consecuencia, a los dilemas distintivos de quienes desean hacer algo en cuanto a esa materia en particular.

Sea como sea, no hay lucha, por muy local o particular que pueda resultar, que se deje en segundo plano. El desafío para quienes deseen inducir el cambio, pues, es cómo articular esas luchas específicas en otras más generales, en especial, en aquellas a las que se enfrenta la humanidad como un todo.

La respuesta inmediata de Chomsky, condicionada por el respeto que tiene por las luchas locales, viene dada de manera explícita en el *post scriptum* que él mismo ofrece a la charla, en el capítulo 4, y que consiste en una serie de notas escritas en 2019 para actualizar el análisis y adaptarlo al momento posterior a las elecciones y a los primeros dos años de la Administración Trump. Tal y como indica la cita del principio, la amenaza de la extinción no supone la negación de otras luchas que puedan revestir un carácter más inmediato, sin embargo, estas han de entenderse en relación a la lucha más amplia y universal por sobrevivir de un modo justo. No se trata de que la gente haya de rendir sus necesidades inmediatas o sus reivindicaciones históricas, sino de que estas han de articularse y entrelazarse con la lucha en contra de la extinción.

La sustanciosa sección final, el capítulo 5, contiene un nuevo discurso cuidadosamente elaborado por Chomsky, en el que se viene a añadir una tercera amenaza existencial, la del socavamiento de la democracia, que, a su vez, exacerba el cambio climático y las amenazas nucleares.

Y ¿qué hay del texto principal «Internacionalismo o extinción» en sí mismo? En el contexto de su inveterada oposición a las armas nucleares, Chomsky pone a su audiencia aún ante otra amenaza más a los «doscientos mil años de historia del experimento humano»; a saber, el cambio climático. Reseña las coincidencias entre ambas amenazas, como que ambas afloraron tras la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En los meses anteriores a la charla, un grupo de trabajo de la Unión Internacional de Ciencias Geológicas había propuesto el concepto de Antropoceno, como indicador de que la humanidad, con sus sistemas sociales, se había

convertido en una fuerza real de la naturaleza, capaz de reestructurar el planeta en el orden geomorfológico.

Si bien en un origen fue un oscuro concepto utilizado por unos científicos soviéticos para sugerir el impacto a largo plazo que tenía la humanidad como fuerza de la naturaleza, el de Antropoceno se ha abierto camino en el discurso académico, así como en los medios de comunicación, a modo de época geológica sucesora del Holoceno, el cual se habría iniciado unos once mil años atrás. Los niveles de carbono en la atmósfera, en la actualidad radicalmente más elevados que en cualquier punto anterior de la historia humana, constituyen una medida diferencial y objetiva de tal impacto. La actividad humana, en particular el uso de combustibles fósiles, es lo que impulsa semejante índice de aceleración. En la charla, Chomsky demuestra que esta historia viene entrecruzada con la una vez paralela amenaza de un conflicto nuclear terminal. Dentro de la época del Antropoceno, los científicos han destacado el período de la Gran Aceleración, durante el cual los niveles de concentración de carbono han comenzado a elevarse con celeridad hasta más de cuatrocientas partes por millón, muy por encima de las trescientas cincuenta partes por millón hasta las que se considera que el nivel es seguro. Dicha aceleración habría comenzado alrededor de 1950.[1]

Hay un debate entre los científicos medioambientalistas e intelectuales públicos que se centra en la cuestión de que el término «Antropoceno», en cuanto que designación, no hace pensar en los sistemas sociales que impulsan las amenazas a la supervivencia. De hecho, un importante analista, el historiador del medioambiente Jason Moore, cree que hay que definir una época que habría comenzado en el siglo XVIII, el Capitalistoceno, para aludir mejor a las causas del carácter destructivo de ese lapso temporal.

Aunque Chomsky no entra en estos detalles en el presente trabajo, considera dos aspectos de la capacidad humana que se refieren a la

materia. En primer lugar, pide a la audiencia que pondere el hecho excepcional de que «una organización política de la mayor importancia, desde el país más poderoso en la historia del mundo, está dedicada casi literalmente a la destrucción de la vida en la Tierra». Se refiere al Partido Republicano, con su negacionismo organizado y sus políticas proactivas en la destrucción del medioambiente. Algo que el público de Chomsky puede muy bien hacer es preguntarse sobre las fuerzas que han llegado a conformar el Partido Republicano, así como el conjunto del sistema en general.

Luego, ofrece una respuesta escurridiza pero sugerente. Para ello, cita a James Madison, uno de los Padres Fundadores y cuarto presidente de Estados Unidos, en una declaración sobre la «osada depravación de los tiempos», en los que los «agentes del mercado», los especuladores capitalistas enriquecidos, fundían su poder con el de los gobiernos, erigiéndose «en su herramienta y en su tirano al mismo tiempo», sometiendo a la voluntad popular «con sus estrategias de opciones y sus exigencias». En otras palabras, ya en los primeros días de la república americana, los intereses privados se apropiaron del Estado y desplazaron al poder y a los intereses populares en favor de su propia lógica de maximización del beneficio.

Frente a tales intereses privados, que Chomsky ha clarificado en otros trabajos (véase el capítulo 6, «Para saber más»), así como frente a los intereses «nacionales» de Estados Unidos connaturales a ellos, la audiencia tuvo la oportunidad de indagar en las formas en que la cooperación internacional puede emerger tanto de la presión de ciertas élites como de la presión democrática. Con todo, Chomsky sugiere en su narrativa que ambas son insuficientes para proteger a la humanidad y al planeta contra la amenaza del holocausto nuclear. Así, cita dos ejemplos en los que las acciones provocativas de Estados Unidos podrían haber conducido a una escalada sin control hasta llegar a una guerra nuclear de

alcance total. Los tratados, los mecanismos institucionales, no sirven como protección ante ejemplos como los que plantea Chomsky. Tanto durante la famosa crisis de los misiles de Cuba en los sesenta como en el contexto de la operación Arquero Capaz (*Able Archer* en inglés) en los ochenta, fue la decisión de los oficiales de campo de violar los protocolos y de no informar de acciones amenazantes a sus superiores lo que permitió a la humanidad vivir un día más. En el caso de Arquero Capaz, Stanislav Petrov no informó a los mandos inmediatamente por encima de él, violando el protocolo y salvándonos de una probable destrucción. En el caso de la crisis de los misiles, Vasily Arjípov se negó a autorizar el lanzamiento de proyectiles con ojivas nucleares. En aquella ocasión, los protocolos funcionaron, pero solo por poco; los otros dos oficiales al cargo estuvieron de acuerdo con ejecutar el disparo, aunque, por fortuna, era necesario el acuerdo de los tres.

Si los tres hubieran seguido los procedimientos operativos definidos sin pensarlo un momento, ni Noam Chomsky ni su audiencia habrían estado vivos para reflexionar sobre las acciones de estos, con todo, relativamente desconocidos militares. Al dar valor a esta resistencia al nivel del individuo, Chomsky nos transmite de un modo muy efectivo el tenue carácter de nuestra existencia, así como la necesidad de rehacer el orden internacional. Aunque mantiene la esperanza en algunos de los miembros más racionales e ilustrados de la élite y en sus proyectos para la congelación y, en última instancia, la abolición de las armas nucleares —como es el ejemplo de George Schultz, secretario de Estado con Reagan—, también es muy consciente de que «no podemos esperar que los sistemas de poder organizado [...] lleven a cabo las acciones apropiadas [...] a menos que se vean empujados por una movilización popular y un activismo constantes y entregados». En tal sentido, señala con aprobación la «ingente movilización popular» de principios de los ochenta contra el desarrollo de las armas nucleares.

Durante el turno de preguntas y respuestas, Chomsky expuso algunas reflexiones en torno a su implicación personal. Por ejemplo, contó una anécdota sobre unas instalaciones para la investigación en armamento, el Laboratorio Draper, con la que explicaba la lógica estratégica con la que se armaba su perspectiva. Los liberales se oponían a las investigaciones financiadas por el Pentágono en el MIT, y exigían que tales actividades se prohibiesen en el campus. Los conservadores, por el contrario, estaban conformes con que tal cosa estuviera teniendo lugar allí. La posición «radical», en la que se ubicaría Noam, era que, si iba a hacerse de todas formas, era preferible que se hiciera en el campus, donde estaría bajo escrutinio público y sería objeto de debate. El defecto de la postura liberal, desde su punto de vista, era que no acababa con dicha investigación, sino que tan solo la reubicaba, lejos del alcance organizativo de la resistencia del campus. En el mismo sentido, al pensar en lo que exige el activismo, tanto al nivel de las bases como de forma concertada con los actores estatales, o incluso en contra de ellos, Chomsky plantea una cuidadosa mezcla de estrategias pragmáticas, con los pies en la tierra, y ambiciones de miras más amplias.

A medida que fue comenzando a acceder al interior de la iglesia en la que se albergaba el encuentro, el público de la conferencia de Chomsky se fue abriendo paso a través de una capilla llena de mesas y de casetas montadas por diversas organizaciones, dedicadas cada una a algún asunto que se consideraba como un problema compartido por los participantes de un acontecimiento como aquel. En otras palabras, al tiempo que la charla prometía ofrecer una síntesis, con la forma de un panorama general para distintas cuestiones, se sumaban a este marco los portavoces de diversas luchas muy específicas. Aunque no se trata de ellas en este libro, al principio de la grabación que lo complementa, «Noam Chomsky – Internacionalismo o extinción» (disponible en *streaming* en ChomskySpeaks.org), aparecen algunos representantes de las distintas

organizaciones que se congregaron en torno al «encuentro con Noam Chomsky». Entre ellas se incluirían grupos solidarios con Haití y con Venezuela, secciones municipales de organizaciones pacifistas y antinucleares, movimientos en pos de la responsabilidad empresarial, proyectos medioambientales u organizaciones socialistas.

El acontecimiento, la grabación y la producción de este libro han sido posibles gracias a una donación del Wallace Action Fund. Su fundador, Randall Wallace, es un antiguo y atento lector de Chomsky; resulta que, además, es el nieto de Henry Wallace, primer vicepresidente de Franklin Delano Roosevelt, agrónomo y pensador ecologista que, en su candidatura a la presidencia en 1948, ya advirtió de la inminente Guerra Fría y de sus previsibles consecuencias, esas que el autor de la charla tan hábilmente plasma en el presente texto.

Frente a un análisis tan sombrío, incluso aunque se trate de uno con un equilibrio de optimismo justo y fundamentado, como es este, los lectores han de preguntarse, como hace una de las interlocutoras de Chomsky, qué podemos hacer para mantener el espíritu. Como de costumbre, la respuesta es concisa y sencilla: «¿Cuál sería entonces la alternativa?». «¡No hay que rendirse!» sería la inarticulada pero ampliamente percibida conclusión que rondó la cabeza de la mayor parte de la audiencia, algo que se puede imaginar que constituye una premisa para los lectores de Chomsky, cada vez que responden a una nueva llamada a la movilización en contra de una sexta extinción que ya está en proceso. Para decirlo con sus propias palabras: «Tenemos por delante una labor sobrecogedora que ya no podemos posponer».

1

Amenazas gemelas

Extinción e internacionalismo han venido asociados en un funesto abrazo desde el momento en que la amenaza de la extinción pasó a convertirse en una preocupación muy realista, el 6 de agosto de 1945. Se trata de un día que nadie que estuviese vivo entonces y tuviera los ojos bien abiertos olvidará jamás —yo mismo lo recuerdo muy bien—, pues supimos que la inteligencia de nuestra especie había concebido los medios para acabar, tras doscientos mil años de historia, con el experimento humano.

Desde el primer momento, nadie tuvo ninguna duda de que tal capacidad de destrucción se intensificaría, ni de que iría pasando a otras manos, con el consecuente incremento de la amenaza de la autodestrucción. El registro de conatos de accidente durante los años subsiguientes es estremecedor, en algunas ocasiones por causa de fallos o errores, aunque también hay ciertos casos de una imprudencia alarmante, y la amenaza sigue creciendo de un modo inquietante. Un examen de la documentación disponible revela con toda claridad que el hecho de que se haya evitado la catástrofe durante setenta años se debe casi a un milagro, y no hay que confiar en que milagros semejantes vayan a darse a perpetuidad.

Aquel fatídico día de agosto de 1945, la humanidad entró en una nueva era, la era atómica, la cual es probable que no vaya a durar demasiado, ya que, o le ponemos término, o muy posiblemente ella termine con nosotros.

En la misma fecha se hizo evidente, también, que cualquier expectativa de contener aquel mal requeriría de cooperación internacional. Hacia el final de ese año, un libro escrito por Emery Reves, agente literario de Winston Churchill, en el que reivindicaba un Gobierno federal mundial, llegó a lo más alto de la lista de los más vendidos.[2]

Albert Einstein fue uno de entre tantos cuya reacción fue reclamar un «Gobierno mundial», como llamaba a su respuesta política a los desoladores sucesos de 1945. Estas personas advertían que se trataba de un punto de inflexión en la historia humana y, quizá, del comienzo de su última etapa. Las esperanzas de que las Naciones Unidas pudieran cumplir tal función no tardaron en desvanecerse. Esta resulta una cuestión muy interesante en sí misma, pero no es la que me propongo analizar aquí.

Lo que no se percibió entonces es que, al mismo tiempo, surgía una segunda y no menos nueva era, una nueva época geológica que hoy conocemos con el nombre de Antropoceno, la cual viene definida por un nivel extremo de impacto humano sobre el entorno. En la actualidad, se entiende que nos encontramos de pleno en esta nueva época, pero ha habido desacuerdos entre los científicos sobre el momento en el que el cambio llegó a ser tan extremo como para establecer el comienzo del Antropoceno. En abril de 2016, el Anthropocene Working Group, una organización geológica oficial, llegó a una conclusión sobre el inicio de dicha unidad temporal. Ante el 35.º Congreso Internacional sobre Geología, recomendaron situar los albores del Antropoceno en el marco temporal iniciado a partir del final de la Segunda Guerra Mundial.[3]

Así pues, de acuerdo con su análisis, el Antropoceno y la era atómica coincidirían, por lo que constituirían una amenaza dual para la perpetuación de la vida humana organizada. Ambas amenazas son graves e inminentes. Está ampliamente reconocido que nos encontramos en un sexto período de extinciones masivas; el quinto, hace sesenta y seis millones de años, se atribuye por lo general al impacto de un gigantesco

asteroide contra la superficie de la Tierra, lo que supuso el final del 75 por ciento de las especies del planeta. Este acontecimiento puso fin a la era de los dinosaurios y allanó el camino al apogeo de los pequeños mamíferos y, en última instancia, de los humanos, hace unos doscientos mil años.

No nos ha llevado mucho tiempo inducir esta sexta extinción, la cual se espera que sea de una escala similar a las anteriores, aunque distinta en cuanto a su componente instructivo. En las extinciones masivas que precedieron a la existencia del ser humano, el tamaño corporal no estaba correlacionado con la extinción; se trataba de algo así como una aniquilación en igualdad de condiciones, independiente del volumen del cuerpo. En la sexta extinción, en marcha y provocada por el ser humano, los animales de mayor tamaño morirán desproporcionadamente.

De hecho, supone la superación de un récord que se remonta a nuestros ancestros protohumanos, especies depredadoras que ocasionaron daños sustanciales a organismos de gran tamaño, exterminando a muchos de estos y quedando ellos mismos no muy lejos de un igual desenlace. Hace ya bastante tiempo que la capacidad de los seres humanos para destruirse unos a otros a escala masiva está fuera de duda, y alcanzó su execrable cumbre en el siglo pasado. El Anthropocene Working Group ratifica la conclusión de que las emisiones a la atmósfera de CO2, gas inductor del calentamiento global, están aumentando a la tasa más elevada existente en sesenta y seis millones de años.

Se alude a un informe de julio de 2016, según el cual, las partículas de CO2 superaban las cuatrocientas partes por millón, así como el nivel del mar se estaba elevando a un ritmo sin precedentes en el registro geológico. Estudios posteriores han demostrado que estas cifras no suponen una mera fluctuación, sino que se trata de una condición permanente, que serviría como base para un mayor aumento. En particular, esas cuatrocientas partes por millón se han señalado como un punto de peligro crítico, demasiado cerca del horizonte de estabilidad estimado para el enorme casquete polar

antártico. El colapso de esta capa de hielo tendría consecuencias catastróficas sobre el nivel del mar, y se trata de un proceso que ya está en marcha en las regiones árticas en un grado preocupante.



El Bosque Nacional Stanislaus, en California, es pasto del Rim Fire («anillo de fuego»), 17 de agosto de 2013.
Fuente: Departamento de Agricultura de Estados Unidos (dominio público).

Vistas en un marco más amplio, las cosas no pintan mejor, ya que prácticamente cada mes superamos un nuevo récord de temperatura; unas sequías tremendas amenazan la supervivencia de cientos de millones de personas. Se trata de factores que también influyen en algunos de los conflictos más horrendos de la actualidad, como en el caso de Darfur y más recientemente en el de Siria. Cada año, cerca de treinta y un millones y medio de personas se ven obligadas a desplazarse por causa de desastres naturales como inundaciones y tormentas; se trata de una de las consecuencias vaticinadas del calentamiento global y significa casi una persona por segundo, es decir, muchísimas más de las que huyen por causa

de la guerra y el terrorismo. A medida que los glaciares se derritan y el nivel del mar aumente, algo que hará peligrar los suministros de agua de un vasto número de personas, estas cifras seguirán aumentando.

El deshielo de los glaciares del Himalaya podría acabar con las reservas de agua de toda Asia Meridional, es decir, de varios miles de millones de personas. Solo en Bangladesh, se espera que en las próximas décadas emigren decenas de millones por la única razón del aumento del nivel del mar, debido a que se trata de una planicie litoral costera. Será una crisis de refugiados que hará insignificantes las cotas actuales, y se trata nada más que del comienzo. No sin razón, los expertos en cuestiones climáticas de Bangladesh han dicho en tiempos recientes que tales migrantes tendrían todo el derecho a desplazarse a los países en los que se genera toda esa cantidad de gases de efecto invernadero, que esos millones de individuos deberían poder ir a Estados Unidos, lo que pone sobre la mesa una cuestión moral que no es baladí.



Puerto Rico en la mañana posterior al huracán María, el 19 de septiembre de 2017.
Imagen: Roosevelt Skerrit (dominio público).

En fin, no voy a analizar cada uno de los datos disponibles en detalle, ya que es presumible que la mayor parte de los presentes los conozcan bien, pero deberían alarmarnos profundamente, en particular a cualquiera al que le preocupe el destino de la especie, de cualquiera de las especies a las que estamos destruyendo con nuestro desinterés. No hablamos de un futuro lejano, sino de ahora mismo, y va a intensificarse de manera considerable.

Siempre ha sido evidente que cualquier medida efectiva para contener la amenaza del desastre medioambiental debería tener un alcance mundial. Los Acuerdos de París, alcanzados en la COP 21, en 2015, supusieron un desarrollo de los esfuerzos internacionales para evitar la catástrofe. Deberían haber entrado en vigor en octubre de 2016, pero la fecha se adelantó, pues preocupaba que una victoria republicana en ese mismo año supusiera el desmantelamiento de lo que se había logrado, que no era mucho, pero era algo. De hecho, para entonces el negacionismo republicano ya había tenido una influencia significativa, puesto que, aunque había cundido la esperanza de que los Acuerdos de París dieran paso a un tratado verificable, hubo que abandonar esa perspectiva debido a que el Congreso, de mayoría republicana, no estaba dispuesto a aceptar ningún compromiso vinculante.

Lo que acabó saliendo adelante fue un acuerdo voluntario, mucho más flojo, como es evidente. En octubre de 2016, se llegó a una resolución para reducir de forma gradual el uso de hidrofluorocarburos.[4] Los HFC son gases de efecto invernadero supercontaminantes. Se estipuló un tiempo más holgado para India y Pakistán, donde el aumento de las temperaturas y la terrible pobreza hacen de los aires acondicionados que emplean dichos compuestos una necesidad desesperada. Es evidente cuál sería el modo correcto de proceder. Los países ricos deberían ofrecer subsidios para acelerar la implantación de dispositivos libres de HFC como los que

nosotros usamos. Pero no parece haberse propuesto nada similar, y, si se hubiera hecho, es probable que hubiese ocurrido lo mismo que con cualquier propuesta de un tratado verificable.

Podríamos detenernos un momento a ponderar un hecho de una excepcionalidad tremenda, el de que una organización política de la mayor importancia, desde el país más poderoso en la historia del mundo, está dedicada casi literalmente a la destrucción de la vida en la Tierra. Quizá parezca una observación injusta, pero, si reflexionamos un poco, veremos que no lo es. En este preciso momento,[5] estamos llegando al término del frenesí electoral cuatrienal. En las primarias del Partido Republicano, cada uno de los candidatos ha negado los datos del cambio climático.

Ha habido una excepción, el «moderado y sensato» John Kasich, que ha afirmado que «Desde luego que es una realidad, pero no tenemos por qué hacer nada al respecto», lo que se puede decir que es aún peor. Esto nos sitúa en un rechazo del cien por cien. El candidato favorito, como sabemos, exige incrementar el uso de los combustibles fósiles, incluido el carbón, el más destructivo. También es proclive al desmantelamiento legal y a la denegación de los fondos destinados al desarrollo de aquellas sociedades que tratan de hacer la transición a un modelo energético sostenible —como, por ejemplo, el proyecto de cambio a aires acondicionados no contaminantes en India— de todos los modos posibles, acelerando así la carrera hacia el desastre.



Una casa arde bajo las llamas del Camp Fire («incendio campestre») en Paradise, California, en noviembre de 2018.
Imagen: Josh Edelson/AFP/Getty Images.

Si consideramos los riesgos, es justo preguntarse si ha habido jamás una organización más peligrosa en toda la historia de la humanidad que el Partido Republicano. No solo es justo preguntárselo, sino que, además, creo que la respuesta está muy clara. Igualmente destacable es que esta pasmosa situación pase sin apenas ninguna crítica. Las crónicas de la campaña, a este respecto, avanzan en el terreno de una trivialidad grosera. No esperemos nada diferente de los debates presidenciales, en los que apenas se tratarán ni las cuestiones normativas ni casi nada relacionado con el problema más importante que ha afrontado la humanidad en toda su historia, un problema literal de supervivencia en el corto plazo; ¡la misma

e increíble ceguera con la que los lemmings se arrojan al precipicio! En los años precedentes, se ha dado una amplia y eufórica cobertura a las perspectivas de independencia energética —«cien años de independencia energética»—, con alguna observación ocasional sobre el impacto local del *fracking*, pero apenas una palabra que apunte a que tal euforia se salda asimismo con una llamada entusiasta a ser devorados por la sexta extinción.



Las crecidas siguen inundando el sureste de Iowa. En esta imagen tomada desde el aire el sábado 23 de marzo de 2019, en Thurman, el agua rodea un silo de grano reventado del que se ha salido el maíz. El torrente devastó gran parte del Medio Oeste, lo que hizo de 2019 uno de los peores años de inundaciones de la historia de Estados Unidos.
Imagen: Daniel Acker/Bloomberg vía Getty Images.



31 de agosto de 2005, el hombre de la imagen empuja una bicicleta a través del terreno anegado, cerca del Superdome de Nueva Orleans, tras el paso del huracán Katrina, que dejó inundada gran parte de la ciudad. Puede que a algunas de las personas que se refugiaron del huracán Harvey (2017) en el Centro de Convenciones de Houston les vinieran recuerdos de aquella otra tormenta. Entonces, los representantes electos de Texas habían prometido tener en cuenta las lecciones del Katrina, que se saldó con miles de muertes y decenas de miles de millones de dólares en daños.
Imagen: AP Photo/Eric Gay, File.

De la misma manera, la creciente amenaza de un desastre nuclear, real y de graves dimensiones, apenas suscita comentarios. Los dos asuntos más importantes de toda la historia de la humanidad, de los cuales depende el destino de la especie, están prácticamente ausentes de los pormenorizados análisis en torno a la elección del dirigente del país más poderoso de la

historia del mundo, así como del espectáculo electoral en sí mismo. No es fácil encontrar unas palabras para expresar la envergadura de esta extraordinaria ceguera; quizá, en términos como los siguientes:

> ... no puedo imaginar límites a la osada depravación de los tiempos que corren, en tanto los agentes del mercado se erigen en guardia pretoriana del Gobierno, en su herramienta y en su tirano a la misma vez, sobornándolo con liberalidad e intimidándolo con sus estrategias de opciones y sus exigencias.[6]

Como se puede deducir por el estilo, la cita no es actual, sino que la profirió James Madison en 1791, al preguntarse por el destino del nuevo experimento democrático. Viendo el estado en el que nos encontramos doscientos veinticinco años después, no parece una mala descripción.

Desde los albores de la era atómica, se han estado dando pasos titubeantes hacia una respuesta internacional, que sirva para contener la amenaza de una guerra nuclear, o, aún mejor, para acabar con la amenaza, eliminando esos monstruosos artefactos. De entre tales pasos, uno de gran importancia fue el Tratado de No Proliferación, de 1968. Por él, los cinco estados nucleares se comprometían a realizar lo que se definía como esfuerzos de buena fe para acabar con las armas nucleares. Otros firmantes prometían no desarrollarlas. En la actualidad, hay tres estados con ese tipo de armas que se han negado a firmarlo; se trata de India, Paquistán e Israel. Los tres han obtenido ayuda de Estados Unidos para el desarrollo de su programa nuclear; Paquistán, en la era Reagan; India, durante el mandato de Bush, e Israel, ya desde el acuerdo secreto de 1969 entre el presidente Nixon y la primera ministra israelí Golda Meir, que enseguida se hizo público.

Aún con todo, las cosas podrían haber sido todavía peores. En los años setenta, Henry Kissinger, Dick Cheney, Donald Rumsfeld y otra gente importante estuvieron exhortando a las universidades estadounidenses, en particular al MIT, donde trabajo, a ayudar a Irán con sus programas nucleares. Al mismo tiempo, altos mandos iraníes que llegaban hasta el

sah se dedicaban a declarar bastante abiertamente que tenían la intención de desarrollar armas nucleares, algo que no reprimió los mentados intentos. Nada más terminar la guerra irano-iraquí, George Bush padre, como parte de una campaña de complacencia con su buen amigo Sadam Husein, llegó a invitar a los ingenieros nucleares iraquíes a Estados Unidos para una formación avanzada en producción de armas; esto en 1989.

Pero será mejor que nos olvidemos de todo eso; como si no supiésemos nada. Otro intento a escala internacional de contener la amenaza ha sido el establecimiento de zonas libres de armas nucleares. Hay una en el hemisferio occidental, de la que están excluidos Estados Unidos y Canadá, pero en la que se incluyen todos los demás países. También hay otras en África y en el Pacífico. Son casi funcionales, pero no del todo, puesto que las bloquea la negativa de Estados Unidos a retirar las armas nucleares de la isla Diego García y de las islas del Pacífico. El ejemplo más importante, de lejos, es el de Oriente Próximo, una iniciativa encabezada por los estados árabes durante más de veinte años, pero cuya punta de lanza en la actualidad es Irán. Esto debería despejar cualquier sombra de duda sobre la supuesta amenaza de un programa de armas nucleares iraní, puesto que resulta que este país está a la cabeza de las iniciativas para instituir una zona libre de armas nucleares que sea verificable.

Estados Unidos y Reino Unido están comprometidos como nadie con el proyecto. Cuando estaban tratando de confeccionarse alguna clase de pretexto para invadir Irak, apelaron a una resolución del Consejo de Seguridad de 1991 por la que se prohibían las armas nucleares en Oriente Próximo. Se ignoró por completo, eso sí, el hecho de que la resolución compromete explícitamente a Estados Unidos y Reino Unido a trabajar en dicha zona libre de armas nucleares.

Washington ha bloqueado con regularidad cualquier intento de llevar adelante dicho proyecto —más recientemente por parte de Obama, en

2015—, a todas luces para evitar que se sometiera a inspección el arsenal nuclear de Israel. Aparte de la importancia que este hecho pueda tener en sí mismo, el fracaso a la hora de establecer una zona libre de armas nucleares en Oriente Próximo pone en peligro el propio Tratado de No Proliferación, el más importante de todos los convenios para el control de armas. Este se ha prolongado indefinidamente, pero condicionado a las promesas de establecer una zona libre de armas de destrucción masiva en la zona. Está claro que blindar el arsenal nuclear israelí frente a una inspección es una prioridad lo suficientemente importante como para hacer peligrar al que es, como hemos dicho, el tratado para el control de armas más notable. Por desgracia, no se están poniendo sobre la mesa otra serie de hechos. El objetivo de abolir las armas nucleares no es un sueño utópico, sino que lo han promovido, con la mayor contundencia, personalidades dentro del sistema, como George Schultz, secretario de Estado de Ronald Reagan; el antiguo miembro del Senado Sam Nunn, que durante muchos años fue el especialista principal en armas nucleares de la institución; Henry Kissinger, y William Perry, uno de los analistas más respetados, además de haber sido secretario de Defensa, con amplia experiencia en lo que él mismo llama «el umbral nuclear». Fueron ellos los cuatro firmantes de un artículo de opinión en *The Wall Street Journal*, en el que se reclamaba la «total» eliminación de la lacra de las armas nucleares.[7] Otro muy reputado experto en seguridad nuclear, Bruce Blair, ha formado una nueva organización, llamada Global Zero, cuyo objetivo es conseguir un tratado internacional para prohibir las armas nucleares. El Tribunal Internacional de Justicia —el tribunal a escala mundial— estuvo muy cerca de esta posición con una histórica opinión consultiva en 1996, sobre la legalidad de estar en poder de la amenaza o del uso de armas nucleares.[8]

Este mes, las Naciones Unidas están sometiendo a consideración, por primera vez, una resolución para iniciar las negociaciones para crear un —

recojamos las palabras exactas— «instrumento legalmente vinculante para la prohibición de las armas nucleares que conduzca hacia su total eliminación». Australia, Brasil, Irlanda, México, Nigeria y Sudáfrica son los proponentes de la resolución. Se espera que, además, la secunden más de ciento veinte estados, pero, sin el aval masivo de la ciudadanía —y aquí es donde comienza nuestra responsabilidad—, pasará a ser objeto de olvido, al igual que otras tantas oportunidades perdidas.[9]

Lo mismo sucede con respecto a los pasos inmediatamente necesarios para reducir aquellas tensiones internacionales que intensifican la amenaza de guerra nuclear hasta llevarla a unas dimensiones bastante peligrosas; un riesgo creciente que ha generado considerable alarma en los círculos relacionados con la seguridad nacional. Según la advertencia de William Perry, «hay más probabilidades de que los peligros nucleares que afrontamos hoy estallen en un conflicto nuclear de las que hubo durante la Guerra Fría». Esta opinión está lejos de ser aislada. Todos los años, un grupo de expertos organizado por científicos nucleares actualiza el Reloj del Apocalipsis, creado en 1947, en el albor de la era atómica, en el que la medianoche significa desastre terminal para todo el mundo.[10] Hace dos años [en 2014], se movieron las agujas tres minutos más cerca de esa hora, y ahí sigue.[11]

Es lo más cerca que ha estado desde principios de los años ochenta, cuando el temor a la guerra era muy serio. Debería ser algo más conocido y mejor comprendido. En aquella época, la Administración Reagan lanzó una operación concebida para poner a prueba las defensas rusas mediante la simulación de ataques, incluso de tipo nuclear. Se llamaba Arquero Capaz, por si alguien quiere consultarlo. Esto se llevó a cabo durante unos años de gran tensión internacional. Por aquel entonces, se instalaron en Europa unos misiles balísticos Pershing II, más exactamente en Alemania, a entre dos y diez minutos de alcance del territorio ruso. Hubo otras escaladas de las tensiones en aquellos tiempos. Hace un par de años, se

desclasificaron algunos archivos soviéticos y se supo que Rusia se había tomado la operación Arquero Capaz muy en serio. Ha habido dudas, sin embargo, sobre lo que entendieron en Washington. La CIA ha mantenido que los rusos no le dieron ninguna importancia, que sabían que se trataba nada más que de un ejercicio.

Sin embargo, unos documentos desclasificados recientemente han revelado que Washington sabía a la perfección que Arquero Capaz estaba poniendo al mundo al filo de una guerra terminal. Dichos documentos señalan que los servicios de espionaje de Estados Unidos llegaron a la conclusión de que Rusia estaba movilizando a sus tropas en el contexto de un nivel de alerta denominado como inusual. De acuerdo con los protocolos, esto significaría que Estados Unidos debería haber reaccionado de manera acorde. Un alto oficial de las fuerzas aéreas del país, Leonard Perroots, decidió por su cuenta no seguir el procedimiento prescrito y permanecer en calma, dejarlo pasar sin más, evitando probablemente una guerra nuclear terminal.

Ya sabemos que, poco después, el sistema automático ruso detectó un aparente ataque nuclear masivo de Estados Unidos. El oficial al mando, Stanislav Petrov, también decidió dejarlo estar en lugar de transmitir la información a instancias más elevadas y, quizá, desencadenar un enfrentamiento nuclear de dimensiones colosales. Estos dos caballeros, Leonard Perroots y Stanislav Petrov, pertenecen a la lista de personas que han detenido, por cuenta propia, una guerra nuclear terminal. También está en ella Vasily Arjípov, un comandante ruso que, en 1962, en un momento tan peligroso, creo, como fue la crisis de los misiles de Cuba, decidió desobedecer la orden de lanzar torpedos con cabezas nucleares desde un submarino bajo ataque, lo cual, una vez más, habría desencadenado una guerra terminal.

El destino de la civilización ha descansado en demasiadas ocasiones sobre decisiones como esas durante la era atómica, y esto no puede ser.

Hoy, como ya hemos dicho, el Reloj del Apocalipsis se ha puesto en tres minutos más cerca de la medianoche, como ocurriera, precisamente, en los tiempos de la operación Arquero Capaz. Las razones aludidas por los grupos de expertos serían la creciente amenaza de una guerra nuclear, así como, por primera vez, el fracaso del Gobierno para lidiar de forma seria con la apremiante crisis medioambiental; los dos mayores peligros con los que se iniciaba la nueva era inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial.

En la actualidad, la principal amenaza nuclear se encuentra en la frontera rusa. Estamos asistiendo a una peligrosa escalada militar a ambos lados, con acciones tremendamente provocativas, al tiempo que se refuerzan con rapidez los arsenales militares. En el lado estadounidense, está la proposición del presidente Obama de invertir un billón de dólares en modernizar los sistemas de armamento nuclear, incluidas nuevas armas atómicas, misiles de crucero y cabezas nucleares. Estas últimas se consideran especialmente peligrosas porque pueden adaptarse al uso táctico sobre el campo de batalla, lo que significa que un oficial podría estar tentado de usarlas sobre el terreno sin más, algo que, a su vez, podría llegar a provocar sin mayor tardanza una guerra nuclear a gran escala. En una conversación secreta que llegó a filtrarse, Hillary Clinton se preguntaba por la conveniencia de seguir adelante con la propuesta. De nuevo, la presión popular puede marcar la diferencia.

También supone una provocación importante un sistema defensivo de misiles de ochocientos mil millones de dólares que Washington ha instalado recientemente en Rumanía, en teoría para defenderse frente a unos misiles iraníes que, de hecho, no existen. Rusia ha advertido, como es obvio y como, de hecho, se ha advertido por parte de todos los actores, que lo que se llama «defensa de misiles» es, básicamente, un arma de primer golpe.

Es concebible que pudiera servir para contener un ataque de represalia.

Las instalaciones en el territorio rumano suponen una amenaza importante para Rusia, algo que los estadounidenses jamás toleraríamos cerca de nuestras propias fronteras. El riesgo bélico próximo a la frontera rusa es en parte —en gran parte— una consecuencia de la expansión que ha estado llevando a cabo la OTAN desde el colapso de la Unión Soviética, hace veinticinco años. Este ejercicio expansivo, que tuvo lugar en los tiempos de la Administración del presidente Bush padre y de su secretario de Estado, James Baker, y de Mijaíl Gorbachov en Rusia, debiera suscitar más reflexión y debate.

Echando la vista atrás, a aquellos tiempos, ambas partes tenían visiones enfrentadas del orden mundial a que debía darse lugar tras la desaparición de la Unión Soviética. Gorbachov reivindicó que se desmantelasen todas las alianzas militares —por supuesto, el Pacto de Varsovia desapareció—, para que fueran sustituidas por un sistema de seguridad euroasiático en el que estuvieran integradas tanto la antigua Unión Soviética como Europa Occidental. Esa era la visión del presidente ruso, pero Bush y Baker tenían un plan diferente, a saber, que la OTAN se expandiera a medida que el sistema soviético colapsaba, y eso es lo que pasó.

A esta cuestión más inmediata estaba supeditado el destino de Alemania, por razones obvias. Gorbachov estuvo de acuerdo con la unificación, incluso con la entrada del país en la OTAN, lo que resulta una concesión bastante remarcable a la luz de la historia reciente, teniendo en cuenta que se trataba de una alianza militar hostil y que Alemania había aniquilado prácticamente a Rusia en varias oportunidades durante ese mismo siglo. Con todo, existía un *quid pro quo*, a saber, que la OTAN no se expandiría «ni un centímetro hacia el Este», como se decía entonces, queriendo referirse a Alemania Oriental.[12] Bush y Baker se comprometieron, pero solo verbalmente. Se trató de un pacto entre caballeros que no se recogió por escrito.

La OTAN se expandió de inmediato hacia Alemania del Este, pero Bush

y Baker declararon, con razón, que no se estaba violando ningún acuerdo por escrito, sino tan solo un acuerdo entre caballeros. En fin, hay una buena cantidad de literatura académica de interés que ha tratado de determinar qué pasó en rigor durante aquel período. Algunas preguntas cruciales han seguido abiertas, como qué tenían exactamente en mente Bush y Baker. En un número reciente, de hace un par de meses, de la revista del Harvard-MIT *International Security*, Joshua Itzkowitz Shifrinson les daba respuesta de forma bastante persuasiva y completa.[13]

Lo que hizo fue llevar a cabo un nuevo y exhaustivo estudio de los archivos para demostrar, de manera bastante convincente, que los compromisos verbales de Bush y Baker con Gorbachov estaban pensados de forma expresa para confundir a aquel mientras Estados Unidos extendía su dominio hacia el Este. Se trata de un descubrimiento importante; no debería quedar relegado a una publicación científica. En cualquier caso, eso no fue nada más que el primer paso. Con Clinton, la OTAN se adentró aún más hacia el Este, hasta la misma frontera de Rusia. En 2008 y, de manera vacilante, en 2013, con Obama, llegó a ofrecerse el ingreso en la organización a Ucrania, que es el corazón geopolítico de Rusia, con la que mantiene largas relaciones históricas y culturales; sin duda, un movimiento muy provocativo.

George Kennan y otros hombres de Estado con experiencia ya habían advertido antes, desde el mismo comienzo, que la ampliación de la OTAN sería, según sus propias palabras, «un trágico error», una equivocación política de proporciones históricas de la que ahora vemos los resultados. Para empezar, contribuye a elevar las tensiones en la frontera rusa, en la ruta de invasión tradicional por la que Rusia fue prácticamente destruida hasta dos veces en el siglo pasado, solo por Alemania. El riesgo de una guerra terminal no es pequeño. En una reflexión sobre la materia, un historiador europeo, Richard Sakwa, ha dejado escrito que la misión de la OTAN hoy es gestionar los riesgos creados por su propia existencia, una

observación que, de hecho, es correcta.[14]

Entretanto, la misión oficial de la OTAN se ha ampliado más allá del control del sistema energético mundial (como oleoductos, rutas marítimas...) y, de manera extraoficial, sirve como fuerza de intervención bajo el mando de Estados Unidos, como sabemos. La suerte que ha corrido la organización arroja luz sobre la auténtica naturaleza de la Guerra Fría y sobre su fundamento adoctrinador. Por supuesto, la OTAN se presentaba como una necesidad para contener a las hordas rusas; lo llevamos escuchando cincuenta años. Llegó 1991, se acabaron las hordas rusas; entonces, ¿qué pasa con la OTAN?

Al ver cómo están hoy las cosas, comprendemos algo mejor la auténtica política operativa de años previos, lo cual viene a confirmar una observación del profesor de Harvard y consejero gubernamental Samuel Huntington. Diez años antes, en 1981, afirmó que «Puede que haya que vender [intervenciones u otras acciones militares], de tal manera que se cree la falsa impresión de que se está combatiendo a la Unión Soviética. Es lo que ha estado haciendo Estados Unidos desde la doctrina Truman», de 1947.[15] A medida que las nubes se fueron levantando, en 1991, con el colapso de la Unión Soviética, afloraron nuevas evidencias que apuntalaban esta conclusión, pero, una vez más, es algo que la ciudadanía desconoce, aunque, de hecho, sea información de dominio público.

Por supuesto, la Administración Bush, la de Bush padre, entonces al cargo, desarrolló de inmediato una nueva estrategia de seguridad nacional con base en el presupuesto de defensa, con una lectura muy interesante. Dijeron que el grueso del sistema militar debía mantenerse, no para protegernos de los rusos sino de lo que ellos llamaban la sofisticación tecnológica de los poderes del Tercer Mundo. Ningún intelectual bien formado se sonreiría al escuchar tales palabras.

Asimismo, insistían en la necesidad de conservar lo que se llama la «base industrial de defensa», es decir, el sistema con el que el Gobierno

cuenta, a través de instituciones como el MIT, para la futura creación de alta tecnología, con vistas a intervenir en la economía. También hablaban de Oriente Próximo de una forma que resulta bastante sintomática, para afirmar que debían mantenerse fuerzas en ese destino. Se llegó a proferir el significativo enunciado de que los principales problemas que se afrontaban en Oriente Próximo «no se pueden dejar sin más ni más en manos del Kremlin», después de décadas habiendo hecho eso mismo. Nada de esto, como siempre, suscitó ningún comentario.

A la caída del Muro de Berlín en 1989, Samuel Huntington, prosiguiendo con la misma lógica que antes señalábamos, advirtió que las relaciones públicas de Gorbachov podían llegar a ser una amenaza tan grande para los intereses de Estados Unidos en Europa como lo habían sido los tanques de Breznev. La supuesta amenaza de las ofertas de paz de Gorbachov se superó del modo en que acabamos de ver, y hoy afrontamos las consecuencias.

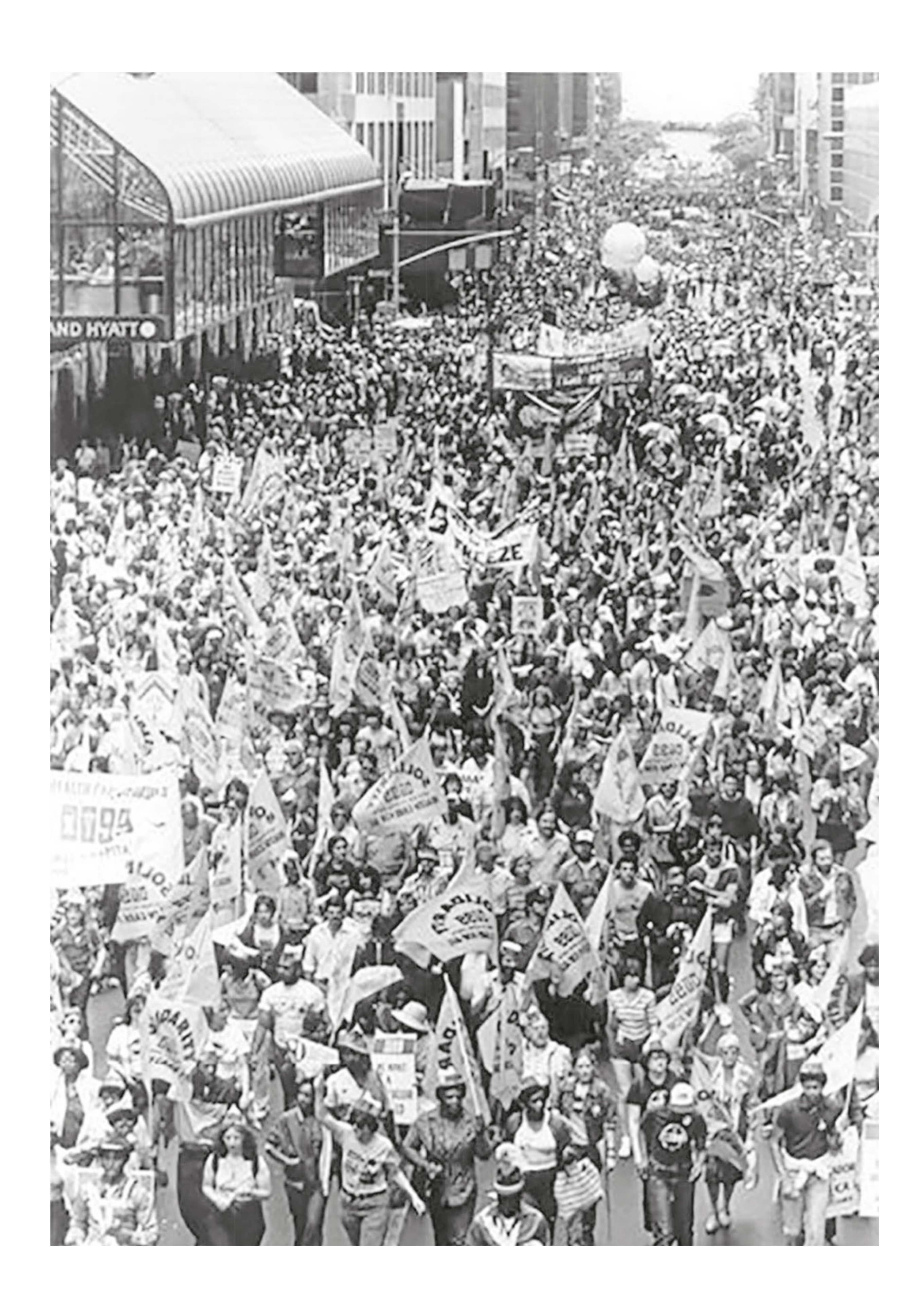
En fin, en la actualidad, el ser humano se enfrenta a los asuntos más importantes con los que se ha encontrado en toda su historia, los cuales no se pueden eludir o aplazar si se quiere mantener alguna esperanza de preservar, ya no digamos mejorar, la vida humana organizada en la Tierra.

Desde luego, no podemos esperar que los sistemas de poder organizados, estatales o privados, lleven a cabo las acciones apropiadas para afrontar estas crisis; no a menos que se vean empujados por una movilización popular y un activismo constantes y entregados. Una tarea de gran envergadura, como siempre lo es la pedagogía. Ya he dado un par de ejemplos antes, creo que importantes, y hay muchos más. Hay en marcha muchos proyectos para fomentar la concienciación y la preocupación públicas sobre la naturaleza y la enormidad de los problemas que afrontamos, así como sobre su origen, incluidas las decisiones que tomamos.



Recorte de periódico en el que se recoge una manifestación en Manhattan de la delegación de Vermont, el 12 de junio de 1982, por la congelación de las armas nucleares en la que se congregaron hasta un millón de personas.

Créditos: David McCauley, director de la delegación del American
Friends Service Committee de Vermont.


AND HYATT

Captura de la misma marcha del 12 de junio de 1982 en Manhattan.
Fuente: WagingNonViolence.org.

Como es usual, se pueden realizar tareas de acompañamiento para confrontar estas cuestiones directamente, y pueden tener muchas formas. Por ejemplo, la contribución al éxito de iniciativas educacionales importantísimas. Nuestro propio país es, en este sentido, de la mayor trascendencia, en primer lugar por tener un poder y una influencia únicos, pero también por la sencilla razón de que es el nuestro; es aquí donde lo que hacemos puede influir más. El activismo popular puede llegar a ser muy influyente, lo hemos visto una y otra vez; el compromiso de los activistas desde hace cuarenta años ha puesto los problemas medioambientales en la agenda política, quizá no lo suficiente pero, con todo, de forma crucial y significativa.

La ingente movilización popular en oposición a las armas nucleares que se desplegó a principios de la década de los ochenta fue un factor de primer orden para acabar con las importantes amenazas que se cernían en aquel momento, allanando, de hecho, el camino para que se diesen pasos importantes, bien que solo parciales, para reducir el enorme peligro que suponían. Y hay muchas otras muestras de lo que puede conseguirse mediante unos esfuerzos constantes para concienciar, para organizarse y para actuar. Tales logros también se sustentan en lo que la opinión pública pueda pensar que ya se ha conquistado, así como sobre qué hay que hacer aún para afianzarlo y agrandarlo.

Asimismo, hay diversos ejemplos de cómo el impacto de los movimientos populares puede llegar a magnificarse si se encuentra el espacio para la unificación, para integrar los distintos compromisos que se enarbolan. Aunque compartimos un objetivo común de paz y justicia, se platean una serie de desafíos cuya superación resulta dificultosa. Hay fuertes presiones que relegan los problemas más importantes de la

actualidad a un interés y un debate marginales.

También hay problemas culturales y sociopolíticos de una trascendencia considerable. Es importante tener en mente que, aunque Estados Unidos ha sido el país más rico del mundo durante mucho tiempo —ya desde el siglo XIX—, también ha sido una especie de burbuja cultural, una situación que cambió con la Segunda Guerra Mundial.

Desde luego, el cambio fue drástico en el mundo posterior a la guerra, aunque gran parte de la población se mantuvo como antes: tradicional en lo cultural y premoderna en muchos sentidos. Por ejemplo, para el 40 por ciento de los ciudadanos estadounidenses, el trascendental problema de la supervivencia de la especie no es demasiado relevante, ya que Cristo va a regresar entre nosotros en un par de décadas, de manera que todo quedará resuelto. Insisto; hablamos de un 40 por ciento.

Dos tercios de los estadounidenses aceptan la realidad del calentamiento global; una cantidad algo inferior piensa que está causado por la acción humana. Solo otro 40 por ciento está «al tanto», según las palabras de las propias encuestas, de que la mayor parte de la comunidad científica piensa que el calentamiento global es real, y es probable que la cifra de quienes son conscientes de que no se trata de «la mayor parte», sino de un «consenso abrumador», sea menor. Por desgracia, si se revisan las encuestas de los últimos diez o quince años (de antes de 2016), no se puede decir que hoy estemos más concienciados. En un contexto en el que aumentan la amenaza de una guerra nuclear, las causas que pueden provocarla y la gravedad de las consecuencias que tendría el uso de armas atómicas, la información disponible sobre la opinión ciudadana no es de lo más alentador.

Mientras tanto, para las víctimas del asalto neoliberal a la población acaecido durante la generación anterior, los problemas a corto plazo, ese ir salvando los muebles, se anteponen a cuestiones fundamentales relacionadas con el futuro de sus hijos y nietos. Tenemos por delante una

labor sobrecogedora que ya no es posible posponer.

2

Llegar a la gente

SHAWN: Bueno, has tocado tantos temas que uno no sabe ni por dónde empezar. Voy a comenzar por una pregunta que quizá sea, creo, un poco boba. La mayoría de la gente en esta sala se pregunta por el futuro del planeta, en fin, de los seres humanos. Creo que lo primero que tenemos que hacer si pretendemos proteger a la humanidad es convencer a la gente que no está aquí de que hay que preocuparse, pero ¿cómo lo hacemos? ¿Es que no saben que los peligros que enfrentamos son muy reales o es que no tienen capacidad para preocuparse de cosas que no son tangibles?

NOAM: No hay más que ver los ejemplos que mencionaba y hacerse preguntas a uno mismo, no interpelar a unas masas anónimas. Por ejemplo, durante años ha habido un miedo tremendo a Irán, a la supuesta amenaza nuclear de Irán, pero hay un modo muy sencillo de sortear el problema, muy muy sencillo; se trata de instaurar una zona libre de armas nucleares en Oriente Próximo, ¿de acuerdo? Una zona libre de armas nucleares sujeta a verificación, como la hay en muchas otras áreas.

¿Sería complicado convencer a Irán? Claro que no. Es el país que más ha abogado por ello. ¿Sería complicado convencer a los estados árabes? Tampoco; son enérgicos partidarios desde hace más de veinte años. De hecho, amenazaron con que, si no se hacía, abandonarían el Tratado de No

Proliferación, poniéndole fin. Estados Unidos y Reino Unido, como he mencionado, estaban particularmente comprometidos con esta causa, debido a la resolución a la que habían apelado como pretexto para invadir Irak.

¿Cuánta gente sabe todo esto? ¿Cuánta gente sabe que la crisis nuclear iraní, consistiera en lo que consistiese, podría haberse salvado de un modo muy fácil, sin amenazas de guerra, sin negociaciones ni sanciones, solo con haber acordado una zona libre de armas nucleares en la región? Desde luego, no es tan simple como un chasquido de los dedos, aunque es obvio cómo hacerlo; ya se ha hecho en otros lugares. Si nadie sabe, nadie puede estar concienciado; si la gente supiera y entonces estuviera concienciada, quizá hubiera podido empujar al presidente Obama a modificar la postura de Estados Unidos, que bloquea regularmente toda propuesta en este sentido.

Si se leen las revistas especializadas sobre control de armas, puede que uno esté informado sobre esta situación, así como sobre la obviedad de que, a todas luces, Estados Unidos la tiene paralizada, poniendo sin duda en peligro el Tratado de No Proliferación, debido a que no quiere que las armas nucleares de Israel se sometan a inspección. ¿Le importaría esto a la gente, sabiendo que sus vidas dependen de ello? Sospecho que sí. Fíjate en lo que está pasando justo ahora, como también mencionaba, que las Naciones Unidas estén considerando por primera vez, en pleno 2016, una resolución propuesta por estados importantes, como Brasil, Austria y otros, la cual va a contar probablemente con los votos de ciento veinte países, para reclamar un tratado que declare ilegales estos horribles artefactos y exija su eliminación.

Está claro que Estados Unidos no va a votar a favor a menos que tenga presión popular para hacerlo, pero esto no puede darse a menos que, como mínimo, la gente sepa qué pasa. Y esto se aplica caso por caso, a todas las materias que hemos estado desgranando; la suerte de la OTAN, cuál era en

realidad la misión de esta organización, por qué su expansión, por qué no aceptar la visión de Gorbachov de una Eurasia integrada de forma pacífica, sin bloques militares... La gente no puede hacer presión a menos que las conozca.

Por ejemplo, la conversación recientemente filtrada de Hillary Clinton con una serie de financiadores que mencionaba antes, creo que de WikiLeaks, publicada por *The New York Times*; ella mantenía una serie de posturas bastante razonables, como cualquier político que se quiera adaptar a la audiencia para la que habla, conformada, en este caso, precisamente por gente poderosa que, sin embargo, se oponía a las armas nucleares. Lo que decía era que había que tener en consideración el programa de un billón de Obama, sin dejar de oponerse a los aspectos más peligrosos de este. Se refería a las armas que he mencionado antes, tanto a las pequeñas, las «armas nucleares pequeñas», como las llaman, como a las grandes, los misiles de crucero con cabezas nucleares, que albergan la peligrosa posibilidad de adaptarse al uso en el campo de batalla. Así, un oficial cuyos soldados están en riesgo podría optar por utilizar esas armas nucleares tácticas, lo que podría conducir rápidamente a una guerra nuclear terminal. Clinton decía que estaba en contra de algo así, pero que había que tomar en consideración el programa de modernización. Cuando se dé el caso de que hable ante una audiencia distinta, no será esa idea la que quiera transmitir, pero puede conseguirse que lo haga si los ciudadanos se organizan y se movilizan para ponerla entre la espada y la pared. Puede decírsele: «Vale, muy bien, unos comentarios muy bonitos, aténgase a ellos»; se puede hacer, pero solo si estamos informados sobre el asunto y, después, si tenemos voluntad de participar de forma activa y comprometida, de otro modo quedará todo reducido a humo, como ha ocurrido en muchas otras ocasiones.

SHAWN: Cuando hablas de activismo, primero te refieres a hacer que las personas estén más concienciadas, ¿por qué los medios al uso, The New

York Times *o el que sea, son tan reacios a escribir sobre estas cosas, de manera que ese activismo pueda llegar a más gente? Los activistas pueden parecer unos idiotas cuando se ponen a decir cosas que nadie ha escuchado antes.*

NOAM: Hay muchas razones; no tiene por qué tratarse necesariamente de mala fe. Si alguien aquí ha estudiado periodismo en la universidad, sabrá que algo en lo que allí se educa y que se respeta enormemente es ese concepto llamado «objetividad», en el sentido de informar de un modo preciso e imparcial de los entresijos del Gobierno, la Casa Blanca o el Congreso, de transmitir la información de un modo riguroso y honesto, así que si Donald Trump tuitea cualquier vulgaridad a las tres de la mañana, será la noticia más importante de *The New York Times*, y si Clinton dice lo que sea que se le ocurra, pues esa será la gran primicia.

En teoría no hay por qué informar de los debates que queden fuera del estrecho marco político-económico establecido por el sistema, porque sería una actitud sesgada, emocional... hay muchos términos que pueden usarse; se trata de una pérdida de la objetividad. Es una doctrina del periodismo. Si pensásemos que el mundo académico es diferente, no andaríamos desencaminados; es «algo» diferente. Por ejemplo, el artículo de *International Security* del que hablaba antes, de una importancia desorbitada, si consultamos los trabajos de archivo, se menciona de un modo bastante desapasionado, pero si se lee, lo que dice es que George Bush padre, el Bush «juicioso», y James Baker engañaron descaradamente a Gorbachov cuando afirmaron que la OTAN no se expandiría a Alemania Oriental. Lo hicieron de forma flagrante, de manera que, lejos de desmantelar la OTAN y aceptar la visión de un mundo libre de bloques militares, Estados Unidos aumentó la esfera de influencia de la organización más allá de la frontera soviética, con las consecuencias que hoy podemos ver. Las evidencias están ahí, pero de tal modo que ni el mundo académico es totalmente capaz de verlas. Alguien podría echar un

vistazo al artículo y decir «Está bastante bien» y pasar al siguiente. Hay que ser capaz de distinguir las cosas importantes y traerlas a la luz del gran público. No es que estén ocultas; estamos en un país muy liberal, la información está disponible. Pueden averiguarse muchas cosas, pero no se sirven en bandeja de plata, y sobre eso va el activismo.



Antes de 2019, la mayor movilización contra el cambio climático contó con cientos de miles de participantes; En Nueva York, el 21 de septiembre de 2014, trescientos diez mil manifestantes de todas las edades se unieron a la marcha popular por el clima.
Imagen: Viviane Moos/Corbis vía Getty Images.

SHAWN: ¿Crees que vale para algo hablar con gente que está en completo desacuerdo con lo que se le dice o que es mejor hacerlo cuando hay algo de desacuerdo pero está dispuesta a escuchar?

NOAM: No me parece que haya mucha gente que no esté de acuerdo con intentar dejar un mundo en el que sus nietos puedan sobrevivir. Creo que la

gente va a estar de acuerdo, así que hay que hablar con casi todo el mundo, con cualquiera que esté moderadamente sano. El desconocimiento nos hace tomar decisiones muy irracionales; son racionales dentro del marco en el que se mueven, pero a ese marco le faltan hechos cruciales. No es que crea que sea posible llegar a todas las audiencias; no espero que me hagan mucho caso en el Harvard Faculty Club, por ejemplo, pero sí que se puede llegar a la mayoría de la gente.

Y creo que es así porque hay intereses compartidos, intereses compartidos muy elementales, como el simple hecho de que los seres humanos llevamos por aquí unos doscientos mil años y es la generación actual la que va a decidir si va a seguir siendo así. Se trata de algo muy evidente, hay muchas pruebas, pruebas aplastantes. Si la gente se pone a pensar sobre ello, se preocupará por ello.

SHAWN: ¿Qué opinas de la desobediencia civil, lo de encadenarse a cosas y acabar en la cárcel? ¿Es...?

NOAM: Bueno, yo mismo he participado en ello muchas veces, y he entrado y salido de prisión en varias ocasiones, he afrontado una larga sentencia de cárcel y cosas así. Creo que se trata de una táctica legítima, pero opino que a veces se practica de maneras ilegítimas, que a menudo se hace como una especie de declaración personal de conciencia. Se toman riesgos por cuestiones de conciencia, quizá por la relación que se tiene con Dios o cosas así, sean cuales sean las consecuencias. No me parece el modo correcto de proceder.

La desobediencia civil tiene sentido si sirve para que otros ciudadanos se den cuenta de que hay un problema lo suficientemente serio como para que alguna gente asuma riesgos, de manera que, quizá, se pongan a pensar sobre ello y vayan y hagan algo ellos mismos. Si hay una base asentada, la desobediencia civil puede ser una herramienta muy efectiva; si no hay base, no; de hecho, puede ser dañina. Y aquí, he de decir, incluyo las

acciones de gente a la que respeto y admiro mucho, de buenos amigos. Por ejemplo, esos casos en que unos activistas pacifistas irrumpen en una base submarina y empiezan a armar jaleo, sin ninguna preparación, por entre los conos de los misiles, con el resultado neto de provocar el enfado de los trabajadores, que piensan primero en sus trabajos, o de otros ciudadanos, que se preguntan por qué tienen que dedicarse a montar jaleo y a molestar. ¿Qué se consigue con eso? ¿Sentirse bien con uno mismo? No es la forma correcta de practicar la desobediencia civil. Es algo que se ha discutido muchas veces; quien lleve unos cuantos años en el activismo sabe muy bien que este tipo de cosas se discuten constantemente, así que es algo bastante marcado. Por ejemplo, recuerdo una discusión que hubo con un grupo de vietnamitas en los tiempos de la guerra de Vietnam, en el momento álgido del conflicto, sobre el tipo de acciones que a ellos les gustaría ver en marcha, y daban ejemplos, como que un grupo de mujeres se pusiera ante las tumbas de los soldados estadounidenses, en pie, en silencio, para mostrarles su sincero respeto.

Los activistas de aquí se reían de una propuesta semejante. Un montón de jóvenes querían ir por toda la avenida principal rompiendo escaparates, como demostración de lo mucho que odiábamos la guerra. Pero para los vietnamitas era una cuestión de supervivencia, no les importaba que eso les hiciera sentir mejor. Se trata de controversias que hay que plantear una y otra vez, todo el tiempo. Hay que preguntarse sobre cuáles serán las posibles consecuencias de las acciones que llevamos a cabo, lo bien que nos hagan sentir no es relevante; de hecho, puede ser algo negativo.

SHAWN: Muchos de quienes están al tanto de las consecuencias de una guerra nuclear y del cambio climático son gente culta que genera antipatía a un gran número de ciudadanos. ¿Tienes alguna reflexión sobre cómo...? Es decir... hay una diferencia de clase entre los votantes de Trump que se ríen ante la idea del calentamiento global y el cambio climático y la gente con estudios y quizá mejor situación económica, hacia la que

aquellos sienten resentimiento; ¿cómo hacemos para llegar a esas personas?

NOAM: Esto es importante. Se trata de un fenómeno muy interesante, y hay que afrontarlo con delicadeza y comprensión. Como he mencionado antes, el 40 por ciento de la población mantiene que no hay mayor inconveniente debido a la segunda venida de Cristo. Así que hay un problema grave de cultura en Estados Unidos. Cualquiera que conozca la historia del país debería... deberíamos entenderlo.

Es muy importante advertir que Estados Unidos fue culturalmente una burbuja hasta la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, si se quería estudiar física, había que irse a Alemania; si se quería ser escritor o artista, había que irse a París. Claro que había excepciones, pero en términos generales esa es la verdad aplastante, incluso aunque Estados Unidos fuera de lejos el país más rico y poderoso del mundo y llevase siéndolo mucho tiempo. Hay todo tipo de razones históricas; se trata de un país muy aislado. No hay muchos lugares desde los que se puedan recorrer cinco mil kilómetros y seguir en el mismo país, sin haber cambiado de entorno cultural ni de idioma o algo por el estilo. Los océanos nos protegen, así que podemos mantener alejados a todo tipo de buitres de nuestras ricas fuentes de recursos, únicas en el mundo. Ha habido varias olas de inmigrantes que acabaron integrándose y todo eso, así que hay muchas razones, pero el caso es que es así y no se puede ignorar. Tampoco tiene sentido despotricar en favor del ateísmo. Esto hay que entenderlo, hay que entender que la religión tiene un sentido para la gente, para mucha gente, incluidos los votantes de Trump.

Se trata de gente que ha quedado marginada, por la que nadie hace nada. Los demócratas abandonaron a la clase obrera hace décadas. Puede que los republicanos hayan adoptado una vía populista, pero sus políticas están aún más en contra de la clase trabajadora que las de los demócratas. Los varones de clase obrera... bueno, en Estados Unidos lo llamamos «clase

media», el término «clase obrera» es como grosero... pero el caso es que los varones de clase obrera que apoyan a Trump están, de hecho, secundando políticas que van a acabar con ellos. No hay más que dar un vistazo a las medidas económicas o las medidas fiscales, entre otras. Aunque es cierto que esa gente ha sido marginada, y que se están atacando sus valores; unos valores que, en buena medida, son de una cultura tradicional y premoderna en el sentido occidental. Así pues, uno de los pocos refugios que tienen es la Iglesia. Como en las comunidades tradicionales, ellos son la Iglesia, así que no se puede uno reír de ella sin más, hay que tomárselo en serio, hay que lidiar con ello.

Hay un libro muy interesante de Arlie Hochschild, una socióloga que fue a vivir a un área terriblemente pauperizada de Luisiana durante seis años para estudiar a los habitantes desde dentro.[16] Se trata de la zona profunda y pro-Trump del país, y obtuvo unos resultados muy interesantes. Por ejemplo, los productos químicos y otros elementos contaminantes derivados de la industria petroquímica están causándoles graves daños, pero se oponen por completo a la Agencia de Protección Medioambiental. Como ella explica, tienen sus razones. Ven a la Agencia de Protección Medioambiental como un grupo de gente de ciudad con un doctorado, que va hasta allí y les dice cosas como que no pueden pescar, pero que a la industria petroquímica ni le chistan. Así que, ¿qué utilidad tiene? No les gusta que les quiten el trabajo y les digan con su acento culto lo que pueden y no pueden hacer, mientras que ellos se ven asediados por toda la situación.

Son actitudes serias, son significativas; merecen respeto, no burlas, y creo que se pueden abordar. Por ejemplo, creo que, digamos que en los años treinta, y soy lo suficientemente viejo como para recordarlo en muchos aspectos, las cosas eran un poco parecidas a como son ahora, la pobreza era incluso mayor. La depresión fue mucho más honda que la actual recesión; de hecho, el país era en sí más pobre de lo que es hoy, pero

yo tenía mucha esperanza. En mi propia familia había muchos trabajadores en paro; en realidad, la mayoría de la clase obrera estaba sin empleo, pero cundía la esperanza.

Había una sensación de que las cosas iban a mejorar. Había acción obrera, estaba el CIO,[17] existían partidos políticos de izquierdas, los sindicatos prestaban un servicio real y organizaban convivencias en el campo, formaban grupos educacionales, daban cultura a los trabajadores, mantenían a la gente unida... De algún modo, todo eso se ha perdido, y hace falta. Estamos en una sociedad muy atomizada, la gente está muy aislada, ensimismada, antes por la televisión, ahora por los móviles o los iPhone o lo que sea. La ciudadanía está muy atomizada, muy aislada, lo que hace que se sienta muy vulnerable. Y es este tipo de situaciones lo que la organización y el activismo precisamente pueden ayudar a vencer. Mi opinión personal es que los votantes de Trump y de Sanders podrían constituir un bloque unido. Un enfoque adecuado acarrea esfuerzo, tacto y entendimiento de lo que subyace a ejemplos como el estudiado por Hochschild, con su descripción desde dentro de lo que siente esa gente y por qué. Es fácil para, vamos a decir, un neoyorquino caricaturizar a Trump, ridiculizarlo, pero no sirve para nada. Puede que sea un hombre risible, pero llega a la gente por alguna razón, y es en esas razones en lo que deberíamos centrarnos.

De hecho, es lo mismo que ocurre, por ir a otra cosa, con los jóvenes musulmanes occidentales que se unen a los movimientos yihadistas. No basta con ponerse histéricos; hay que conocer sus razones. Si observamos la vida que tienen, las podemos ver y, de este modo, se pueden abordar.

SHAWN: El verdadero activismo debería empezar por una incursión solidaria en esos territorios desconocidos de nuestro propio país, como la que hizo Hochschild. ¿Lo que podamos hacer en Boston y en Nueva York es menos importante de lo que podríamos hacer si fuéramos a Luisiana y pasásemos allí una cantidad de tiempo significativa?

NOAM: No creo que haya que irse muy lejos para encontrarse con casos así. Por ejemplo, hace un par de años me pidieron que diese una charla en un instituto de Boston, el English High School, que se llama así porque nadie es nativo de inglés. Hay como una decena de idiomas entre los distintos grupos de inmigrantes. Se trata de una comunidad muy activista; son activistas locales que debaten sobre en qué dirección trabajar, y está aquí mismo, en Boston, lo cual es muy importante e interesante. La gente tiene la sensación de que no hay esperanza, de que no hay nada que hacer. ¿Cómo se puede luchar contra los grandes poderes? Algunas de las cosas de las que se hablaba en esa comunidad fueron muy instructivas para mí; creo que lo serían para cualquiera. Por ejemplo, juntemos a un grupo de madres que quieren que se ponga un semáforo en una calle que sus hijos tienen que cruzar para ir al colegio. Hacen panfletos, hablan entre ellas, dialogan con los representantes municipales y otra serie de cosas. Al final, consiguen que se ponga el semáforo, y eso las fortalece, les dice que son capaces de lograr algo. No estamos solos. Podemos hacer cosas y es de situaciones como esa de las que hay que partir, así es como las cosas toman cuerpo. Sí, está Luisiana, pero hay otros lugares más cerca de casa en los que resulta que hay mucho que hacer, en el corazón de nuestras propias y «cultas» comunidades. La falta de entendimiento en los círculos cultivados es alarmante. Me pregunto, por ejemplo, si tan siquiera una pequeña parte de los doctos académicos que trabajan en las áreas relacionadas con casi todo de lo que vengo hablando esta noche saben algo de esos temas, del mundo en el que vivimos exactamente.

3

Pensar estratégicamente

RAY: Me llamo Ray Matsumiya. Mi familia es de Hiroshima. Mi abuelo fue víctima de la bomba atómica, lo cual tiene un significado muy especial para mí. Dirijo una organización que lleva a profesores de todo el mundo a Hiroshima para que entiendan el impacto de la bomba atómica. La idea es que, si concienciamos a los jóvenes, es posible que estos se conviertan en activistas en el futuro, que quizá puedan poner fin a la locura de las armas nucleares. Me gustaría plantearle una pregunta relacionada con la ubicación y con lo que es prioritario. Hay dos corrientes de pensamiento al respecto. La primera mantiene que es muy importante ampliar la población de activistas de los países que ya tienen armas nucleares; por ejemplo, en Estados Unidos, por un lado, hacer que las bases se pregunten por qué el Gobierno va a gastar un billón de dólares en modernizar el arsenal nuclear y, por otro, poner obstáculos al financiamiento de estas asignaciones. La otra corriente de pensamiento es la que propone trabajar con los países que no tienen armas nucleares; como en el caso de la resolución que hay en marcha en la ONU, la cual van a apoyar ciento veinte países que no cuentan con arsenal nuclear, pero que saben que su futuro depende del uso de estas armas. Si hay un enfrentamiento nuclear, aunque sea limitado, va a incidir en el resto del mundo; ese es el

razonamiento que hay detrás de esta corriente. Mi pregunta es: ¿Es más importante mover a la población de los países que tienen armas nucleares o a la de aquellos que no?

NOAM: No creo que haya que escoger una cosa o la otra; ambas son necesarias. Entre los países que tienen la bomba atómica, encontramos dos categorías. La primera es la de los firmantes del Tratado de No Proliferación. Los miembros oficiales —Estados Unidos, Rusia, China, Francia y Reino Unido—, tienen armas nucleares. Como firmantes del tratado, están sujetos al artículo 6 de este, es decir, a llevar a cabo esfuerzos de buena fe para acabar con las armas, y deberían estar trabajando en ello.

Existen muchas maneras de hacerlo. Como he mencionado en la ponencia, no se trata de una perspectiva utópica. Hay personalidades importantes y bien establecidas que lo exigen y hay modos de progresar hacia ello; no tiene por qué hacerse de un plumazo. Ha de ser algo mutuo, una actividad internacional; tiene que tratarse de algo internacional, por eso el título de «Internacionalismo o extinción». Se puede hacer. Por ejemplo, desde el final de la Guerra Fría, incluso desde antes, se ha obtenido algún éxito en la reducción de armas nucleares. Hay un exceso más allá de cualquier función disuasoria concebible o imaginable, así que reducir el número es importante. Eliminar las más peligrosas es primordial. Es algo que hay que hacer en Estados Unidos, por ejemplo, con lo que se conoce como la «tríada» de misiles de tierra, mar y aire. Entre los analistas estratégicos, los de tierra tienen fama de ser inútiles y peligrosos. Son inútiles porque son demasiado lentos, por lo que no tienen protección, etc. Son peligrosos porque constituyen «objetivos». Así que no tienen ninguna utilidad en absoluto. Los de mar pueden destruir el mundo entero un millón de veces. De hecho, hay investigaciones sobre las bases de misiles de tierra Minuteman que dicen que los soldados al cargo saben perfectamente que se trata de un callejón sin salida. Son cosas que no

tienen sentido. Pero nadie les presta atención, nadie se preocupa de que estén bien protegidas; están con la vista puesta en otra parte, haciendo cualquier otra cosa. Es un fenómeno muy peligroso e inútil. Pero estas bases pueden cerrarse, lo cual puede ser además un paso para que los rusos hagan algo similar.

Es posible desarrollar proyectos como las zonas libres de armas nucleares, y creo que es bastante factible en Oriente Próximo, si Estados Unidos no lo sigue bloqueando. Si lo hace, es porque nadie lo impide. Hay otros pasos que también pueden darse. Entre los estados no sujetos al Tratado de No Proliferación, hay tres que tienen armas nucleares: Paquistán, India e Israel; es importante asegurarse de que se deshagan de su arsenal o, por lo menos, de que se adhieran al tratado. Por desgracia, Estados Unidos ha dado hasta ahora apoyo a sus programas de armamento nuclear.

Se trata de nuestro propio problema; es culpa nuestra. Nosotros permitimos que ocurra, pero no tenemos por qué, ¿de acuerdo? El resto de los países está bastante predispuesto a quitarse de en medio esos artefactos, por eso hay una resolución de la ONU con el apoyo de los grandes estados ahora mismo. Podría llevar a que más de cien de ellos exijan la prohibición inmediata, así que hay que respaldarlo, no acabar con ello. No es que sea literalmente un secreto; hay información si se busca en los registros de la ONU. Pero básicamente sí se trata de un secreto, uno que se puede destapar y hacerse público.

Pienso que todo esto es posible y que hay que hacerlo de forma paralela. Las personas son distintas y tienen diferentes compromisos, asociaciones, intereses... Nadie puede hacerlo todo, pero uno puede escoger lo que le importa y dedicarse a ello.

EMILY: Colaboro con 350 Mass. Como alguien que participa en la lucha contra el cambio climático, pienso mucho en cómo vencer el desánimo, y el panorama que ha ofrecido esta noche es desolador, aunque parece

bastante acertado. Sin embargo, me gustaría saber cómo piensa que se pueden mantener la esperanza y el compromiso ante la situación. ¿Hay paralelismos históricos en particular que se le ocurran que podamos sacar a colación ante esta amenaza sin precedentes a la que nos enfrentamos?

NOAM: De hecho, es bastante fácil. Solo hay que pensar en cuál es la alternativa. Supongamos que uno no consigue mantener el espíritu y deja que las cosas sigan su curso; ¿cómo se va a quedar entonces el mundo? Se acabará la vida humana organizada y la mayor parte del resto de las especies desaparecerá. ¿Es ese el mundo que queremos?

JASON: Me llamo Jason Pramas del Boston Institute for Nonprofit Journalism [Instituto de Boston para el Periodismo sin Ánimo de Lucro]. Profesor Chomsky, puesto que los esfuerzos principales por la prohibición de las armas nucleares han de hacerse a un nivel nacional e internacional, ¿cree que podría ser útil instituir zonas libres de armas nucleares metropolitanas, estatales o regionales, con la inclusión de cláusulas de prohibición de la investigación y el desarrollo de armas nucleares en instituciones como el MIT o institutos de investigación relacionados como el Laboratorio Draper?

NOAM: Sí, creo que algo más o menos análogo a las zonas libres de armas nucleares se puede hacer también en una esfera local. Prohibir la investigación sobre armamento nuclear es muy importante. La historia con el MIT es un poco peculiar. Durante la época en que había más activismo, a finales de los sesenta, unos estudiantes y activistas pusieron de relieve el asunto, con toda la razón, y el resultado fue interesante en algún modo. Se produjeron enfrentamientos que al final llevaron, como suele ocurrir, a la formación de una comisión, una comisión constituida por estudiantes de la facultad, de la que yo, de hecho, formaba parte. Esta tenía el cometido de investigar los trabajos relacionados con asuntos militares en el campus. Entonces no había actividades relacionadas con armas nucleares, pero sí

con el mundo militar, y se trataba de algo muy serio, porque alrededor de un 90 por ciento de los fondos del instituto venían del Pentágono. Así que se acabó planteando una cuestión natural, con unos resultados interesantes; en el campus no se hacía trabajo clasificado, pero fuera de él había dos laboratorios, los Laboratorios Lincoln y el Laboratorio Draper, que contaban con un 50 por ciento del total del presupuesto aproximadamente, y llevaban a cabo trabajos con fines militares fuera del campus. Decir «fuera del campus», sin embargo, es una especie de formalismo, ya que nada impide a la gente ir a una charla que se da al otro lado de la calle, por ejemplo, pero técnicamente eran independientes. De hecho, resulta que el único trabajo con fines militares que se hacía en el campus no se había investigado, porque no se llevaba a cabo en ninguno de los departamentos de ciencias naturales, sino en el de ciencias políticas, en el que se dedicaban a la investigación orientada a la contrainsurgencia en Vietnam. A esto no lo llamaban por su nombre, claro, sino Instituto de Investigación para la Paz. Se reducía a esos estudios de contrainsurgencia, eso era todo.

El caso es que hubo un debate en el seno de la comisión sobre cómo afrontar el asunto. Se puede decir que la cosa estaba dividida, a grandes rasgos, en conservadores, liberales y radicales. Los conservadores decían que querían dejar las cosas como estaban. Los liberales iban en plan «Queremos romper con esto; hay que mantener los laboratorios militares fuera del campus». Los pocos radicales que había estaban de acuerdo con los conservadores. Creían que había que mantener esas investigaciones en el campus, donde actuarían como fuente constante de activismo y concienciación, en lugar de llevárselas a otra parte y hacer como si no existieran. Al final, ganaron los liberales, y la investigación quedó, técnicamente, fuera del campus. Por todas partes se plantean cuestiones similares, y, de hecho, se han puesto de relieve otras nuevas. Pensemos en el arsenal nuclear iraní, que tiene una historia muy interesante. En los setenta, Irán era un aliado, el principal socio de Estados Unidos en Oriente

Próximo; de hecho, se conocía al país como el Guardián del Golfo. Rumsfeld, Cheney y Kissinger ejercían una fuerte presión sobre el MIT, en particular para que se invitase a los técnicos iraníes a instruirse en ingeniería nuclear. En esa época no sabíamos lo que deberíamos haber sabido y ahora sabemos, en concreto, que el Gobierno iraní [bajo el sah] no tenía ningún pudor en declarar abiertamente su intención de desarrollar armas nucleares.

Es difícil de creer que Kissinger y esos otros no lo supieran, pero no era algo de conocimiento público. Hubo agitación en el campus, lo cual fue muy interesante. Los estudiantes empezaron a movilizarse y, al final, se organizó un referéndum en el que... me parece recordar... quizá me equivoque con las cifras, así que hablaré a grandes rasgos, pero cerca del 80 por ciento de los estudiantes se declaró en contra. El asunto adquirió la suficiente relevancia como para que se organizara una gran reunión del claustro; por lo general, nadie va a estas reuniones, ya que son bastante aburridas, pero, cuando hay detrás un asunto importante, la gente sí que acude.

En esta gran reunión del claustro, en el contexto del enorme debate que estaba teniendo lugar, casi nadie dio la razón a los estudiantes; quizá lo hicimos unos cinco o así. Pero el caso es que se discrepó de manera arrolladora y se decidió que los ingenieros iraníes tuvieran acogida en el campus, lo que resulta bastante interesante si se tiene en cuenta que los miembros del claustro eran los mismos estudiantes que habían protestado diez años antes. El cambio institucional había llevado a un cambio de actitud considerable, y no porque hubiera más información, ya que en el claustro no se contaba con más información de la que tenían los estudiantes. Se trata de un ejemplo bastante interesante, y las personas como nosotros deberíamos reflexionar sobre ello, de cómo el papel institucional que desempeñamos tiene influencia sobre el modo en que miramos el mundo. En fin, el caso es que se pasó por todo esto y mucha de

la gente que estaba detrás del sistema nuclear iraní recibió formación en el MIT.

KIRKLAND: Hola. Creo que, hasta aquí, hay dos cosas bastante obvias y visibles. La primera es que no podemos apoyarnos en las clases opulentas para arreglar estos problemas. La segunda es que la solución sería organizarnos en movimientos populares. Pienso que son las dos cosas que podemos deducir a partir de lo que hemos venido hablando hasta ahora. La pregunta que tengo es, ¿una vez que nos hayamos organizado, cuáles serían los puntos estratégicos de presión? ¿Están identificados? Asumo que la estrategia sería de no violencia, por el artículo de Stephan y Chenoweth en International Security,[18] *que creo que es la revista a la que antes hacía alusión. Entonces, la no violencia es más eficaz, pero si hemos de ofrecer resistencia, o cuando lo hagamos, cuando practiquemos la desobediencia civil, ¿cuáles deben ser los puntos de presión? ¿Apuntamos a los bancos que financian ese tipo de cosas? ¿A las administraciones locales, al Gobierno federal...?*

NOAM: No creo que haya una única respuesta para cada caso en algo así. Depende de quién lleve a cabo la acción, de cuáles sean sus circunstancias o sus intereses, de quiénes sean sus asociados, de qué talentos tenga, de qué tipo de cosas se le den bien a esa persona, también de qué tipo de cosas no le gusten en absoluto... Pero todos los puntos de presión son importantes, todos y cada uno, incluso conseguir que se ponga un semáforo para que tus hijos puedan cruzar la calle, porque así aprendes que tienes capacidad de organización. Hay toda clase de cosas que pueden hacerse, y en realidad es una cuestión de cada individuo averiguar qué cree que puede aportar que resulte efectivo. Debemos sopesar nuestras opciones, igual que cuando buscamos nuestro lugar en la vida; nadie va a venir a decirnos cómo hacerlo.

LYN: Últimamente se habla mucho sobre votar al mal menor y elegir a un

candidato que tenga alguna oportunidad de salir elegido, pero que al mismo tiempo sea lo menos dañino posible. Y yo me pregunto, ¿ese voto al mal menor, sea lo que sea eso, no es en realidad un voto a la perpetuación del bipartidismo que nos ha traído cuesta abajo hasta donde estamos?

NOAM: Bueno, cerca de la mitad de la población practica la abstención, ¿y acaso consiguen cambiar el sistema? Lo cierto es que no tienen ninguna influencia. Hay mucha confusión sobre eso del voto al mal menor; el asunto en realidad es muy trivial, es un poco una cuestión de lógica, de simple lógica. Si nos encontramos en un estado pendular, donde el resultado no está claro, hemos de decidir quién es el peor candidato, ¿de acuerdo? Supongamos que piensas que Trump es el peor candidato, vale lo mismo para Clinton, pero vamos a suponer que es Trump, entonces la opción es muy sencilla. ¿Voy a votar a Trump o voy a votar contra Trump? Si no votas, en realidad estás votando a Trump, y, si votas a un tercer candidato, pues lo mismo. Se trata de aritmética pura, y con la aritmética no se puede discutir. Si le quitamos un voto a Clinton, equivale a darle un voto a Trump. Está muy claro que no se puede rebatir la aritmética. Lo que sí podría decirse que no está tan claro es cuál es el peor candidato, esto sí puede someterse a debate; si soy franco, no creo que haya mucho espacio al debate, pero uno puede decidir una cosa u otra. Se trata de dos problemas distintos, y, en todos esos artículos que circulan por ahí sobre el miedo a votar al mal menor, se constata que se confunden todo el rato, cuando, si se separan, resulta todo muy sencillo. Podemos decidir quién es el peor candidato y podemos decidir si lo vamos a votar, pero, en un estado pendular, votar a una tercera opción es votar al mal mayor, por pura lógica, es inevitable. Así que, ¿no votar para no seguir secundando el bipartidismo? Lo cierto es que así no se consigue cambiar dicho sistema. Lo primero de todo, si se quiere transformarlo, es actuar desde dentro, como es el caso del movimiento de Sanders, que trata de cambiarlo, de modificarlo. Es probable que hoy el programa demócrata sea el más

progresista en décadas, desde los tiempos del New Deal; pero no se pondrá en marcha a menos que haya presión, y eso es en lo que consiste la acción política. La otra posibilidad es fundar un tercer partido de verdad; uno que no se reduzca sin más a asomar la cabeza cada cuatro años y presentar un candidato, con lo que no se consigue nada. Lo que hay que practicar es un activismo constante, empezando por la esfera local, participar en la elección de la junta escolar, del Ayuntamiento, de los legisladores estatales, sin dejar pasar ni una oportunidad, y de esta forma se sientan las bases para establecer un tercer partido. Ahora bien, nuestro sistema político, el sistema de representación directa, que hemos heredado del británico, pone barreras a los terceros partidos. En los países en los que hay una representación proporcional hay muchas más oportunidades para que los partidos independientes prosperen, así que una opción sería cambiar a un sistema de representación proporcional. Otra opción es recurrir a los mecanismos con los que contamos dentro del sistema bipartidista para dar vida a uno de estos partidos, como hacer una coalición, que es lo que hizo el Working Families Party de Nueva York. Se les puede votar, lo cual es una ayuda para el partido, aunque los votos, por lo general, vayan a ir a los demócratas; esta es una vía para hacer algo dentro del sistema. En definitiva, las posibilidades son moldear un tercer partido o hacer esfuerzos para que los partidos existentes cambien, pero mantenerse al margen no sirve para nada. Con todo, la mitad de la población sigue haciéndolo.

De hecho, se trata de una mitad de la población muy interesante; hay un estudio muy sugerente, muy revelador, centrado en los primeros años de la Administración Reagan, es decir, en los primeros ochenta, llevado a cabo por Walter Dean Burnham. Es un investigador muy bueno, especializado en políticas electorales.[19] Ha hecho, hasta donde yo sé, el único estudio sobre los abstencionistas, indagando en los perfiles socioeconómicos de estos, con conclusiones muy significativas. Resultaron ser muy similares a

los votantes europeos de partidos socialdemócratas o de base obrera; ese perfil es aquí el de los abstencionistas, lo que nos dice algo muy pero que muy relevante. Por otra parte, no podríamos extrapolarlo al momento actual, puesto que los partidos socialdemócratas y de base obrera europeos han colapsado.

SHAW: Bueno, me dicen que esa ha sido la última pregunta; los mandamases dicen que tenemos que terminar por esta noche.

NOAM: ¡Es un comienzo!

4

Reflexiones actualizadas sobre los movimientos

EDITORES: ¿Cómo cree que debería afectar a la izquierda la inminente amenaza de extinción?, ¿y a su visión y sus estrategias de activismo? ¿Implica la extinción un replanteamiento de las luchas por la justicia? ¿Un nuevo tipo de militancia?

NOAM: Desde luego, no se puede pasar por alto la alarma de una «extinción inminente». Debería constituir un eje central firme de todo programa de concienciación, organización y activismo, figurar como trasfondo de cualquier forma de participación en todas las demás luchas. Pero, al mismo tiempo, no puede desplazar a estos otros problemas, en parte porque tienen una gran importancia, pero también porque los dilemas existenciales no se pueden abordar de forma eficaz a menos que haya una conciencia y una comprensión generalizadas de lo apremiantes que son. Y algo así presupone una sensibilidad más amplia hacia los problemas e injusticias que hostigan al mundo, una toma de conciencia más profunda, que sirva para inspirar un activismo comprometido, con un enfoque más penetrante sobre las raíces de tales asuntos y las interrelaciones que entre ellos se dan. No tiene sentido propugnar la militancia cuando la población no está lista para ella, y para conseguir que lo esté no hay mayor secreto que el trabajo paciente. Puede resultar

frustrante, si se considera que las amenazas existenciales son inminentes y muy reales, pero, en cualquier caso, se trata de etapas preliminares que no se pueden saltar.



Extinction Rebellion, Reino Unido.
Imagen: Getty Images.

EDITORES: ¿Cree que los movimientos deberían centrarse específicamente en el tema de la extinción, como hace Extinction Rebellion en Reino Unido? ¿Cómo se extrapolaría esto a Estados Unidos? ¿De qué manera deberían cambiar los movimientos existentes el eje de su estrategia?

NOAM: El movimiento Extinction Rebellion del Reino Unido tiene objetivos muy loables. En Estados Unidos, el movimiento de base Earth Strike (earth.strike.com) ha planificado algunas acciones a lo largo de

2019, con el objetivo de que se convoque una «huelga general para salvar el planeta» para septiembre. Hay otras organizaciones que plantean modos de actuación. Son todas ellas iniciativas muy valiosas, que merecen todo el apoyo, pero es inevitable que su éxito dependa del nivel general de conciencia. No podemos ignorar la realidad del mundo en el que vivimos, un mundo en el que, por ejemplo, la mitad de los republicanos, de acuerdo con las encuestas más recientes, niega que el calentamiento global sea ni tan siquiera una realidad, mientras que el resto, una mayoría muy ajustada, sí considera que el ser humano tiene cierta responsabilidad. De acuerdo con las encuestas generales más recientes, de marzo de 2018, un escaso 25 por ciento de los republicanos considera que «el calentamiento global debería ser de alta o muy alta prioridad en la agenda del presidente y del Congreso». Por otro lado, estamos en un mundo en el que los informes sobre el crecimiento de la producción de combustibles fósiles que aparecen regularmente en la prensa liberal nos dan nuestra posición y nos toman la delantera, con las implicaciones que esto tiene para el poder mundial; en ellos quizá hasta se haga alguna mención a los efectos medioambientales a nivel local de la apertura de nuevas explotaciones, como la carencia de agua en los ranchos, por ejemplo, pero apenas van a contener una palabra, si es que hay alguna, sobre los efectos que pueda tener sobre la vida de la siguiente generación. Y lo mismo con respecto a la otra gran amenaza para la supervivencia. Se ha debatido muy poco en torno a la nueva estrategia de seguridad nacional de la Administración Trump, con miles de millones de dólares destinados a asegurar la «superación», es decir, la preponderancia sobre cualquier coalición rival, y garantizar que Estados Unidos tenga la capacidad de imponerse en una guerra contra China o contra Rusia,[20] aunque una guerra así lo que significaría es más que nada la destrucción total. La presentó con entusiasmo el mítico «acompañante adulto», la «voz de la razón» entre los seguidores de Trump, «Perro Loco» Mattis, junto a otros planes para

desfavorecer los nuevos tipos de armas e invertir el lento progreso hacia la mitigación de la seria amenaza nuclear.

En definitiva, no hay manera de evitar la ardua y sostenida labor de generar conciencia y entendimiento. Las acciones innovadoras e impactantes pueden estimular la sensibilización y el reconocimiento de que hay que hacer algo urgentemente, en el contexto de iniciativas de más amplio alcance. El esquema general es bastante fácil de esbozar, lo que cuenta es entrar en los detalles con programas y medidas específicas.

EDITORES: ¿Y dónde podría radicar la mayor esperanza para la solidaridad y los acuerdos de alcance internacional? ¿Hay fuerzas estructurales, como un giro en la naturaleza de la globalización? ¿Hay esperanza en países o en instituciones específicos? ¿O estará más bien en los movimientos sociales globalizados? ¿Cómo pueden estos sobreponerse al hipernacionalismo de los nuevos regímenes autocráticos como los que se están imponiendo desde Brasil, pasando por Filipinas, hasta Estados Unidos?

NOAM: No hay una fórmula sencilla. Para enfrentarse a esas crecientes y destructivas tendencias hipernacionalistas y autocráticas, primero hay que comprender sus raíces. Es una materia demasiado amplia como para dar cuenta de ella aquí de forma seria, pero creo que hay pruebas evidentes de que los programas de austeridad neoliberales de la generación anterior han sido un factor sustancial, ya que han concentrado la riqueza y socavado la democracia operativa, dejando marginada a la mayor parte de la población e induciendo en ella un resentimiento y una rabia perfectamente comprensibles, que a menudo adoptan formas patológicas y hacen de la gente una presa fácil para los demagogos. Se trata de procesos que solo podrán confrontar aquellos movimientos sociales de corte progresista que puedan dar respuestas creíbles a las tan a menudo amargas exigencias de la vida diaria y, mejor aún, marcar las pautas para el cambio social e

institucional que hace falta. Esa sería la base para la solidaridad internacional, en particular en un mundo globalizado, en el que son tantos los que afrontan las mismas amenazas a una existencia decente a la vez que cuentan con medios para comunicarse e interactuar. Se trata de herramientas que el capital internacional ha estado explotando de un modo muy efectivo, pero las víctimas de sus severas políticas no tanto. Hay problemas muy graves a los que hay que enfrentarse y poner fin.

EDITORES: En este libro no se extiende mucho sobre el capitalismo. ¿Cree que el capitalismo lleva necesariamente a la extinción? ¿Hemos de ir más allá del capitalismo para asegurarnos la supervivencia?

NOAM: Las variedades de capitalismo estatal que existen en este momento se fundamentan en principios que creo que no deberían tolerarse. Algunas de las propiedades que predominan, como el desprecio de los factores externos y la orientación al crecimiento sin pensar en las consecuencias, garantizan literalmente el desastre, pero, de hecho, el sistema es lo suficientemente maleable como para mantener la esperanza de sobrevivir mediante políticas ecológicas, en la línea de propuestas detalladas como la del economista Robert Pollin, por ejemplo.[21] Es un alivio, porque el mundo, teniendo en cuenta las condiciones concretas, no está maduro para un cambio institucional de gran alcance, en la dirección de una auténtica democratización y un control popular y participativo de la vida social, económica y política. Hay que decir que, de hecho, ya hay semillas de cambio que pueden llegar a germinar. Nos guste o no, los problemas más acuciantes de la actualidad han de afrontarse en el marco general de las instituciones existentes, sin óbice para que al mismo tiempo se lleven a cabo esfuerzos para quitarnos de encima la opresión institucional y caminar hacia unas mayores cotas de libertad, justicia, democracia verdadera, cooperación y ayuda mutua en todas las esferas de la vida.

EDITORES: En la misma línea, se ha centrado en las principales amenazas para la existencia humana, a saber, el cambio climático generado por el uso de combustibles fósiles y un potencial conflicto con armas nucleares. Pero también, como es razonable, alude a muchas otras fuentes para una posible extinción de la especie. Si se evalúa el panorama, lo que destaca es lo integrales que son esas amenazas y el hecho de que los cambios correctivos han de implicar cada una de las dimensiones de la vida humana. ¿Cómo podemos llegar a entender un sistema que genera un carácter tan universal? ¿Existe tal sistema, o lo que hay es una multiplicidad de sistemas? Para concretar, ¿cómo hace para dar sentido a los desafíos que pueda afrontar su comunidad alguien a quien le preocupe, por ejemplo, el abuso de opiáceos en el cinturón industrial?

NOAM: El mundo es un lugar complejo, pero es posible identificar factores y estructuras sistemáticos. Pongamos el tal abuso de opiáceos. ¿Por qué se da esta incidencia en el cinturón industrial? ¿Por qué la esperanza de vida en Estados Unidos no para de disminuir, por primera vez desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial y la gran pandemia de gripe? ¿Por qué se trata de un fenómeno especialmente prominente entre los blancos de clase obrera, aquellos que han sido marginados por las políticas neoliberales de la generación anterior, incluida esta particular forma de globalización, diseñada en interés de la clase inversora y del capital transnacional? El paso del abuso de opiáceos a las políticas regresivas que comenzaron a tomar forma a finales de los setenta, aceleradas por Reagan y sus sucesores, es algo bastante claro. Como he mencionado antes, hay contrapartidas por todas partes, como es el caso del auge de las democracias iliberales o del colapso de las fuerzas centristas que habían estado dominando la vida política desde la Segunda Guerra Mundial. Hay estudios que abarcan desde Estados Unidos a Suecia y otros lugares, y se constata que la xenofobia, la histeria antiinmigratoria, el racismo y todo el auge de la derecha ultranacionalista han ido de la mano,

en general, de la aflicción económica y el retroceso de los programas socialdemócratas. Así que sí, el mundo es un lugar complejo en el que interactúan una multitud de factores, pero hay rasgos sistemáticos en el malestar global, los cuales señalan el camino de la acción correctiva.

EDITORES: Hay muchas propuestas que van ganando aceptación, de entre las que quizá la más destacada sea el New Deal Verde. ¿Qué clase de resistencia deberían esperar quienes lo postulan de los poderes corporativos, o de los medios y de los políticos en funciones? ¿Qué decisiones organizativas deberían tomar los activistas progresistas en cuanto a la construcción de una coalición propia para sobreponerse a tal resistencia?

NOAM: Lo primero que hay que tener en mente es que las propuestas de esa naturaleza deben tener éxito. Han de tenerlo, o, de lo contrario, estamos condenados. Algunas de las cosas que se proponen se han delineado con sumo cuidado y se han desarrollado de tal forma que se puedan utilizar como una base para la organización, como el notable trabajo de Pollin sobre el New Deal Verde. Por supuesto, hay razones de sobra para esperar una resistencia corporativa, tanto por la evidencia histórica como por la naturaleza de los mercados del capitalismo estatal. Pero da la impresión de que han quedado atrás los días en que, por ejemplo, los ejecutivos de ExxonMobil reaccionaban a las publicaciones de James Hansen sobre el calentamiento global, en 1988, y dedicaban recursos a promover el escepticismo o incluso el completo negacionismo, con total discernimiento de lo que hacían, por cuanto los científicos que trabajaban para ellos habían estado durante mucho tiempo a la cabeza de quienes trataban de demostrar la extrema gravedad de las amenazas. Ahora, estas parecen tan evidentes que se diría que hemos pasado a una era cuya marca son más bien la cooptación y la mitigación, antes que una negación absoluta de la realidad. Es algo que ha ocurrido a menudo en el

pasado, como es el caso de las prácticas letales de la industria del tabaco, por ejemplo. El cambio abre un campo de posibilidades a los activistas, pero está sembrado de peligros que hay que reconocer y esquivar; hay que concebir estrategias para aprovechar las oportunidades, pues es obvio que lo contrario sería antiproductivo, pero con la debida atención a los motivos, las intenciones y las manipulaciones de los sistemas de poder. Y es más difícil que enfrentarse al simple negacionismo, aunque también ofrece un espacio para concienciar y para organizarse, que se debe intensificar. No hay tiempo que perder.

EDITORES: ¿Cree que la crisis existencial ha de acarrear algún cambio en los movimientos sociales? Por ejemplo, ¿deberían coordinarse para que su trabajo ataje la extinción de un modo más efectivo? ¿Han de globalizarse ellos mismos para lograr acuerdos de largo alcance en torno al clima y al armamento? ¿Tendrían que resaltar más la conexión entre el poder corporativo y la amenaza de la extinción?

NOAM: Pues todas esas son tareas que se pueden hacer. Los activistas pueden sentir una gran tentación, comprensible y válida, de dedicar a los asuntos más críticos el foco de su actividad. Pero la relación con otras luchas sociales es una realidad, no solo en casa, sino a nivel mundial. Todo el mundo gana con unas iniciativas reflexivas y esmeradas en pos de la interseccionalidad y de la solidaridad. Y todo el mundo gana si analizamos y encaramos las raíces institucionales comunes que, en varios sentidos muy significativos, subyacen a esos problemas, a menudo en forma de crisis, que están en la primera línea de los compromisos particulares. El capital está coordinado y globalizado. Las luchas contra la injusticia y la opresión han de desplegar formas de interacción y apoyo mutuo de carácter propio. No deben dejar que se esfume el sueño de una auténtica Internacional. Pueden llegar a tener un impacto arrollador si todos reconocemos las importantes amenazas a la vida social organizada que

ciernen su sombra sobre otros dilemas.

5

La tercera amenaza: El vaciamiento de la democracia

El 11 de abril de 2019, unos treinta meses después de su discurso preelectoral de 2016, Noam Chomsky regresó a la iglesia de Old South para dirigirse a la concurrencia en torno al tema de «internacionalismo o extinción».[22] *Comenzando con una reflexión personal, extendía la descripción de las amenazas existenciales que afronta la humanidad para incluir el propio proceso político; la subversión de la democracia por la industria de los combustibles fósiles, las corporaciones y los intereses nacionalistas.*

LOS EDITORES

Si me lo permiten, quisiera comenzar con una breve alusión a un período que tiene inquietantes similitudes con la actualidad, en muchos y lamentables sentidos. Estoy pensando en hace justo ochenta años, casi exactos, el momento en que escribí por primera vez, que recuerde, sobre materia política. Es fácil ponerle fecha; fue justo tras la caída de Barcelona, en febrero de 1939.

En el artículo, trataba de lo que parecía la inexorable expansión del fascismo por todo el mundo. En 1938, la Alemania nazi se había anexionado Austria; pocos meses más tarde, puso en sus manos a una

Checoslovaquia traicionada en la Conferencia de Múnich. En España, caía una ciudad tras otra bajo las fuerzas de Franco. En enero de 1939 cayó Barcelona. Era el final de la Segunda República española. La notable revolución popular, una revolución de carácter anarquista, que había florecido durante 1936, 1937, 1938... ya había sido aplastada por la fuerza. Parecía que el fascismo fuera a desplegarse sin límite.

No es exactamente lo que está ocurriendo en la actualidad, pero, si se me permite tomar prestada la famosa frase de Mark Twain, «La historia no se repite, pero a veces rima», lo cierto es que hay demasiadas semejanzas como para pasarlas por alto.

Tras la caída de Barcelona, hubo una gran oleada de refugiados españoles. La mayor parte fueron a México, unos cuarenta mil; algunos acabaron en Nueva York y abrieron sedes anarquistas en Union Square, librerías de segunda mano en la Cuarta Avenida, etc. Allí me inicié en la cultura política, deambulando por aquella zona. De eso, hace ochenta años; ahora es hoy.

Entonces no lo sabíamos, pero el Gobierno de Estados Unidos también empezaba a pensar que la expansión del fascismo podía llegar a ser literalmente imparable. No lo veían con el mismo alarmismo que yo, con mis diez años de edad. Hoy sabemos que el Departamento de Estado mantenía una actitud de sentimientos encontrados con respecto a cuál era la verdadera importancia del movimiento nazi. Se mantenía, de hecho, un consulado en Berlín; había un cónsul de Estados Unidos en Berlín que enviaba comentarios algo embarullados sobre los nazis, en los que sugería que quizá no fuesen tan malos como se decía. Se trataba del famoso diplomático George Kennan. Lo mantuvieron hasta lo de Pearl Harbor, fecha en la que se lo revocó. Es una indicación bastante buena de esos sentimientos encontrados de los que hablaba.

Resulta que poco después, aunque era imposible haberlo sabido entonces, en 1939, el Departamento de Estado y el Consejo de Relaciones

Exteriores comenzaron a hacer planes para lo que sería el mundo posterior al conflicto mundial, sobre qué aspecto debía tener. Por aquel entonces, asumían que en los primeros años, en el primer puñado de años, el mundo posterior a la guerra mundial estaría dividido entre una zona bajo el control alemán, es decir, un mundo controlado por los nazis, la mayor parte de Eurasia, y un mundo controlado por Estados Unidos, que consistiría en el hemisferio occidental, el antiguo Imperio británico con cuyo control se habría hecho el país americano y algunas áreas de Extremo Oriente. Y esa sería, en resumen, la forma del mundo posterior al conflicto mundial. En la actualidad, sabemos que esta perspectiva se mantuvo hasta el cambio de rumbo que iniciaron los rusos. En Stalingrado, entre 1942 y 1943, y en la gran batalla con carros de combate de Kursk, un poco después, quedó muy claro que Rusia iba a vencer a los nazis. Así que se cambiaron los planes; la imagen del mundo posterior al enfrentamiento se trastocó para convertirse en lo que hemos estado viendo desde entonces, en este último período. Pero, en fin, eso fue hace ochenta años.

Hoy no nos enfrentamos al auge de algo como el nazismo, pero sí estamos ante la propagación de lo que alguna vez se ha llamado la Internacional Reaccionaria, de carácter ultranacionalista, que sus partidarios proclaman sin ningún pudor, incluido Steve Bannon, el promotor teatral del movimiento. Ayer, obtuvo una nueva victoria con la elección de Netanyahu en Israel, que refuerza la alianza reaccionaria en ciernes, todo bajo los auspicios de Estados Unidos, gobernado por el triunvirato Trump-Pompeo-Bolton. Podría recoger un término de George W. Bush para describirlos, pero, por cortesía, no lo haré. En Oriente Próximo, la alianza se compone de los estados más reaccionarios de la región, a saber, Arabia Saudí; Emiratos Árabes Unidos; Egipto, bajo la dictadura más brutal de su historia, e Israel, que sería el epicentro, todos ellos enfrentados a Irán. En América Latina encaramos amenazas muy graves, como la elección de Jair Bolsonaro en Brasil, que ha puesto en el

poder al más extremo y extravagante de los ultranacionalistas que campan en la actualidad por el continente. Ayer mismo, Lenín Moreno, presidente de Ecuador, dio un paso recio para ubicarse dentro de la alianza de la extrema derecha al expulsar a Julian Assange de su embajada en Londres. La policía británica lo detuvo al instante, así que tiene por delante un futuro muy escabroso, a menos que haya una reacción popular importante. México es una de las pocas excepciones en América Latina a esta tendencia. También en Europa Occidental los partidos de derecha, algunos de ellos de naturaleza muy alarmante, están creciendo.

Asimismo hay un desarrollo a la contra. Yanis Varoufakis, antiguo ministro de Finanzas de Grecia, un individuo de gran relevancia, muy importante, ha hecho un llamamiento, junto con Bernie Sanders, a la formación de una Internacional Progresista que enfrente a la internacional de derechas en formación. En la esfera estatal, parece que la balanza se decanta abrumadoramente hacia el lado equivocado. Pero los estados no son meras entidades, y al nivel de las personas de a pie, las cosas son bastante distintas. Eso es lo que puede marcar la diferencia. Hace falta proteger las democracias efectivas, incidir en ellas, aprovechar las oportunidades que ofrecen, para que la clase de activismo con el que hemos conseguido progresos trascendentales en el pasado nos pueda salvar también en el futuro.

A continuación, quisiera poner el acento en un par de observaciones sobre la tremenda dificultad de mantener e instituir la democracia, sobre las poderosas fuerzas que siempre se han opuesto a ella, sobre la proeza de salvarla y ampliarla de algún modo, y sobre la importancia que esto tendrá para el futuro. Pero, primero, quiero decir unas palabras en torno a los desafíos que tenemos por delante, de los que ya hemos oído hablar bastante y todos conocemos. No hace falta entrar ahora en ellos en detalle, pero describir tales contrariedades como «graves en extremo» podría ser un error. El término no captura la enormidad de la clase de dificultades

que aún tenemos ante nosotros, y cualquier discusión sobre el futuro de la humanidad debe empezar con el reconocimiento de un hecho crítico, el de que la especie humana afronta ahora un dilema que nunca antes se había presentado en su historia, al cual hay que responder sin dilación, a saber, el de cuánto tiempo va a seguir sobreviviendo el ser humano.

En fin, como todos sabéis, llevamos viviendo setenta años a la sombra de la amenaza nuclear. Cualquiera que dé un repaso a los archivos disponibles no podrá sino quedar admirado de que aún sigamos aquí. Cada dos por tres nos ponemos demasiado cerca del desastre terminal, nos libramos por minutos. Parece un milagro que hayamos sobrevivido, pero los milagros no duran para siempre. Hay que poner fin a esto, y rápido. La actual revisión de la postura nuclear de la Administración Trump acarrea un drástico incremento de la amenaza de conflagración, que tendría como resultado el final de la especie.[23] Conviene recordar que dicha revisión vino auspiciada por Jim Mattis, a quien se ha considerado como demasiado civilizado como para formar parte de la Administración, lo cual nos puede dar una perspectiva de lo que se puede llegar a tolerar en el mundo de Trump-Pompeo-Bolton.

Bien, había tres grandes tratados sobre armas; el Tratado sobre Misiles Antibalísticos o ABM, el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio o INF y el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas o Nuevo START.

Estados Unidos acabó con el Tratado ABM en 2002. Cualquiera que crea que los misiles antibalísticos son armas defensivas se engaña con respecto a la naturaleza de estos sistemas. También se ha retirado del Tratado INF, firmado por Gorbachov y Reagan en 1987 y que entonces supuso una reducción abrupta de la amenaza bélica en Europa, la cual estaba destinada a extenderse rápidamente. La firma se llevó a cabo en el marco de las manifestaciones que vemos aparecer en la película [véase http://ChomskySpeaks.org]. Unas multitudinarias manifestaciones civiles

crearon la atmósfera para un tratado destinado a significar un antes y un después. Vale la pena recordar que ha habido muchos otros casos en los que el activismo popular de masas ha servido para marcar una diferencia importantísima. Las lecciones a extraer son demasiado obvias como para desgranarlas. Pero, bueno, la Administración Trump abandonó el INF, y Rusia también lo hizo poco después.

Si sondeamos los hechos, podemos llegar a la conclusión de que ambas partes tienen cierta credibilidad al decir que el oponente no ha cumplido con el tratado. Quien quiera hacerse una idea de cuál puede ser la perspectiva de los rusos, puede consultar un artículo de hace unas semanas del *Bulletin of Atomic Scientists*, la principal publicación sobre asuntos relacionados con el control de armas, firmado por Theodore Postol, en el que se enfatiza el peligro que suponen las instalaciones de misiles antibalísticos de Estados Unidos en la frontera rusa, así como cuán peligrosas pueden llegar a verlas los propios rusos.[24] Hay que repetirlo, «en la frontera rusa». Las tensiones son crecientes y ambos lados incurren en acciones provocativas. En un mundo racional, lo que harían sería iniciar negociaciones, con expertos independientes que evaluaran el fundamento de las acusaciones mutuas, con visos de resolverlas y restaurar el tratado. Pero, como decía, esto sería lo que ocurriría en un mundo racional. Por desgracia, el mundo en que vivimos no lo es; no se ha hecho ni un solo esfuerzo en esa dirección, y seguirá sin hacerse a menos que haya una presión significativa.

Queda el Nuevo START, que ya ha sido calificado por nuestro mandamás —quien se ha descrito modestamente a sí mismo como «el mejor presidente de la historia de Estados Unidos»— como el peor tratado de la historia de la humanidad, la designación que suele usar para referirse a cualquier cosa que hayan hecho sus predecesores. En este caso, ha añadido que deberíamos quitárnoslo de encima. Si llega a renovarse en el cargo en las próximas elecciones, habrá mucho en juego, pues, de hecho, es mucho

lo que hay en juego en la renovación de ese tratado, que ha sido todo un éxito a la hora de reducir en un grado importantísimo el número de armas nucleares, aún muy por encima del que debería ser, pero bastante más bajo del que era antes. Y el proceso podría continuar.

Entretanto, el calentamiento global sigue su inexorable curso. A lo largo de este milenio, cada año, con una excepción, ha sido más caluroso que el anterior. Hay artículos científicos recientes, como el firmado por James Hansen y otros, que indican que el ritmo del calentamiento global, que ha estado incrementando desde alrededor de 1980, puede estar aumentando de manera abrupta, quizá pasando de un crecimiento lineal a uno de tipo exponencial, lo que significa que se duplicaría cada dos décadas. Nos estamos acercando a las condiciones de hace ciento veinticinco mil años, cuando el nivel del mar estaba aproximadamente a ocho metros por encima de donde está hoy. Con el deshielo, el rápido derretimiento del gran casquete polar antártico, podría llegarse a ese punto. Las consecuencias son casi inimaginables; es decir, no voy ni a tratar de describirlas, pero es fácil darse cuenta enseguida de lo que puede significar.

Mientras sucede todo esto, podemos leer con regularidad cómo la prensa celebra eufóricamente los progresos de Estados Unidos en la producción de combustibles fósiles. Ahora ha rebasado a Arabia Saudí, así que estamos a la cabeza de la producción de combustibles fósiles. Los grandes bancos, como JPMorgan Chase y otros, están inyectando dinero para realizar nuevas inversiones en este tipo de combustibles, incluidos los más dañinos, como las arenas de alquitrán de Canadá. Y el hecho se presenta con grandes entusiasmo y emoción. Estamos alcanzando el estado de «independencia energética»; podemos controlar el mundo, determinar el uso de combustibles fósiles en todo el globo.

Pero apenas se puede encontrar una palabra sobre qué va a implicar todo esto, lo cual es bastante obvio. No es que los reporteros o los tertulianos,

ni mucho menos los directivos de los bancos, no lo sepan. Están al tanto, desde luego que sí. Pero hay presiones institucionales de las que apenas pueden zafarse. Pongámonos en la posición de, por ejemplo, el director de JPMorgan Chase, el banco más importante, que está dedicando grandes sumas a invertir en combustibles fósiles. No hay duda de que sabe lo mismo que ya sabemos todos sobre el calentamiento global. Pero ¿qué opciones tiene? En resumen, dos; una es hacer justo lo que ya está haciendo; la otra, negarse y que lo sustituyan por otra persona que lo haga. Así que no se trata de una cuestión individual, sino de un problema institucional, al que se puede plantar cara, pero solo mediante una presión ciudadana formidable.



La marcha de la rebelión contra la extinción llega a la plaza del Parlamento, Londres, 23 de abril de 2019.

Los manifestantes, tras más de mil arrestos, llegaron al Parlamento, cuyos miembros estaban reunidos tras las vacaciones de Semana Santa.

Imagen: Alberto Pezzali/NurPhoto, vía Getty Images.

Recientemente hemos podido ver, en una expresión espectacular, que se puede hacer, que puede alcanzarse una solución. Un grupo organizado de jóvenes, el Sunrise Movement, llegó al punto de hacer una sentada en las oficinas congresuales, llamando la atención de las nuevas personalidades progresistas, que estaban dispuestas a llevar sus proclamas al Congreso. Bajo una gran presión popular, la congresista Alexandria Ocasio-Cortez, secundada por el senador Ed Markey, puso el New Deal Verde en la agenda, un logro bastante importante.

Desde luego que recibe ataques desde todos los flancos; pero no importa. Hace un par de años era inimaginable que tan solo se discutiera. Como resultado del activismo de este grupo de jóvenes, ahora está en el centro del programa; va a haber que implementarlo de una manera o de otra, porque es algo esencial para la supervivencia. Quizá no se hará exactamente del modo propuesto por ellos, pero sí en alguna variante. Se trata de un cambio tremendo logrado por el compromiso de un reducido grupo de jóvenes, un mensaje sobre el tipo de cosas que se pueden hacer.

Entretanto, el Reloj del Apocalipsis del *Bulletin of Atomic Scientists* se ha puesto, desde el pasado mes de enero, a dos minutos de la medianoche. Es lo más cerca que ha estado del desastre terminal desde 1947. El anuncio de este arreglo —de este ajuste— mencionaba las dos principales amenazas, ya conocidas, la de la guerra nuclear, que aumenta cada vez más, y la del calentamiento global, que va aún peor. Y además, por primera vez, se añadía una tercera, el menoscabo de la democracia.[25] Esa es la tercera amenaza, que se une al calentamiento global y al conflicto nuclear. Y resultaba muy apropiado, porque la democracia efectiva es la única esperanza para superar tales peligros. Las grandes instituciones, públicas o privadas, no se harán cargo si no es bajo una presión ciudadana de carácter masivo, lo que implica que el funcionamiento de las vías

democráticas ha de mantenerse vivo y utilizarse del modo ilustrado por el Sunrise Movement, por las manifestaciones masivas de principios de los ochenta, del modo, en fin, en que continuamos haciéndolo hoy.

6

Para saber más

En tanto que testimonio de toda una vida como intelectual público, los trabajos de Noam Chomsky constituyen un repertorio único de análisis y activismo contemporáneos. Hay muchas razones que justificarían una mayor profundización en ellos, entre las que el carácter multifacético de sus compromisos no es la menos importante. En sus escritos, no solo encontramos profundidad histórica y claridad analítica, sino además una mirada de amplitud que recorre los muchos lugares de contención de la sociedad y revela las múltiples conexiones entre estos y las estructuras políticas y económicas subyacentes, no pocas veces entre sombras. Dos puntos de inicio bien estructurados y disponibles en línea son los siguientes:

– En el sitio en línea del MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts), «Unbox the Chomsky Archive».[26]
– El sitio oficial en internet de Noam Chomsky, creado por Pablo Stafforini y administrado por Valeria Chomsky.[27]

Otro punto de inicio, de un carácter más original, para ahondar en el pensamiento de Noam Chomsky es consultar sus fuentes, la miríada de

trabajos que cita y comparte con sus audiencias en un esfuerzo ejemplar. Tal es el enfoque que adopta The Chomsky List,[28] por lo que constituye una fuente muy valiosa.

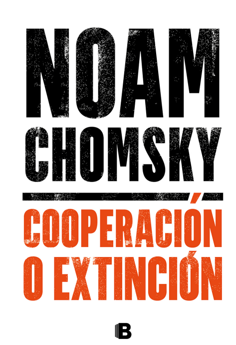
Además, tiene el valor añadido de contener una lista de lo que quizá algún día llegue a denominarse como «los clásicos de Chomsky sobre teoría sociopolítica». Entre estos, encontramos *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*, en coautoría con Edward S. Herman (1988), en torno a la estructura institucional de los medios y el sistema propagandístico;[29] *American Power and the New Mandarins: Historical and Political Essays* (1969), el primer libro «político» de Noam, que establece un análisis de la relación de Estados Unidos con el resto del mundo; *For Reasons of Estate* (1973), que también trata de esos temas y es además la obra definitiva de Chomsky sobre la guerra de Vietnam;[30] *Government in the Future* (1970), en el que presenta la visión que él tiene de un futuro socialista libertario y da cuenta de los contrastes de este con los de las formas estatalistas, sea del socialismo o del capitalismo;[31] *Hegemony or Survival? America's Quest for Global Dominance* (2003), en el que ahonda en muchos de los temas abordados en el presente libro, y liga las perspectivas de futuro de la humanidad a la lucha contra una clase en el poder que militariza cada una de las dimensiones de la existencia humana;[32] *Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians* (1999) es su trabajo más decisivo en lo que respecta a la crítica de la relación de Estados Unidos con Israel y a los fundamentos para la solidaridad con la lucha por la libertad del pueblo palestino.[33]

Por supuesto, se han escrito muchos libros sobre el propio Noam y su pensamiento. Entre las mejores biografías, una que integra el trabajo científico de Chomsky sobre teoría lingüística y su pensamiento sociopolítico es la de James McGilvray, *Chomsky: Language, Mind and Politics* (2.ª edición de 2013);[34] McGilvray ha sido editor, asimismo, de

un estudio esencial sobre su pensamiento, *The Cambridge Companion to Chomsky* (2.ª edición de 2017). De manera similar, *Chomsky's Politics* (1995), de Milan Rai, proporciona un resumen de su pensamiento político y da cuenta de su recepción en el ámbito intelectual estadounidense. *The Chomsky Effect: A Radical Works Beyond the Ivory Tower* (2007), de Robert Barsky, ubica sus trabajos radicales en el contexto político al que pertenecen, elucidando así la mezcla única de Chomsky de argumentación política y provocación activista.

Hay varios documentales de Chomsky que han tenido, merecidamente, una gran difusión. El más conocido es el de los cineastas Mark Achbar y Peter Wintonick, *Manufacturing Consent* (1992), así como el del director Peter Hutchison, *Requiem for the American Dream* (2015). La grabación que complementa a este libro se solapa con el capítulo 1 del texto y evoca de un modo muy exacto la atmósfera de un típico encuentro con Chomsky. [35]

Un texto imprescindible para tomar conciencia y pasar a la acción.



Extinción inminente es la última novedad del lingüista, filósofo, politólogo Noam Chomsky, también uno de los activistas más influyentes del mundo. En esta ocasión, se trata de una recopilación de textos que nace de un llamado «Encuentro Chomsky» celebrado en Boston y dedicado a las amenazas a la supervivencia planetaria, cuyos tres temas fundamentales son la emergencia climática, la amenaza nuclear y el peligro que entraña el debilitamiento del sistema democrático en todo el mundo.

La solución pasa, según indica Chomsky en estas páginas reveladoras, por el activismo social e internacional: una serie de movimientos populares que ya se están organizando por todo el globo para forzar acuerdos internacionales y afrontar este reto sin precedentes por la supervivencia de la civilización.

«No se puede pasar por alto la alarma de una «extinción inminente». Debería constituir un eje central firme de todo programa de concienciación, organización y activismo; figurar como trasfondo de cualquier forma de participación en todas las demás luchas. Y algo así presupone una sensibilidad más amplia hacia los problemas e injusticias que hostigan al mundo, una toma de conciencia más profunda, que sirva para inspirar un activismo comprometido, con un enfoque más penetrante sobre las raíces de tales asuntos y las interrelaciones que entre ellos se dan.»

La crítica ha dicho:

«Para cualquiera que quiera descubrir más sobre el mundo en que vivimos [...] hay una respuesta simple: lee a Noam Chomsky.»
New Statesman

Noam Chomsky es profesor emérito del Departamento de Lingüística y Filosofía del MIT, activista político y uno de los más influyentes críticos de la política exterior americana. Sus opiniones sobre el tema y su lúcida visión de los acontecimientos mundiales son discutidas ampliamente por la comunidad internacional. Es autor de numerosas obras políticas, entre ellas los best sellers *Hegemonía o supervivencia* (2004), *Estados fallidos* (2007) y *¿Quién domina el mundo?* (2016).

Título original: *Internationalism or Extinction*

Edición en formato digital: junio de 2020

Diseño de portada: Carme Alcoverro
Fotografía de portada: Ruxandra Duru

ISBN: 978-84-666-6816-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Para marzo de 2019, la Scripps Institution of Oceanography de San Diego registró unos niveles de carbono de 411,97 ppm, frente a las 407,06 ppm de marzo de 2017; véase <https://www.co2.earth/>. Estas cifras indican que, lejos de poner límite a las emisiones, el mundo sigue en el camino de un cambio climático abrupto e irreversible.

[2] Reves, Emery (1945, 2015), *The Anatomy of Peace*, Andesite Press.

[3] Edgeworth, M. *et al*. (2016), «Second Anthropocene Working Group Meeting (Conference Report)», *The European Archaeologist* 47, <http://nora.nerc.ac.uk/id/eprint/513430/1/Conference%20report_anthropocene_text%20(NORA).pdf>.

[4] Programa Medioambiental de Naciones Unidas, «Frequently Asked Questions Relating to the Kigali Amendment to the Montreal Protocol», 3 de noviembre de 2016, <https://ec.europa.eu/clima/sites/clima/files/faq_kigali_a mend ment_en.pdf>.

[5] Octubre de 2016.

[6] «To Thomas Jefferson from James Madison, 8 August 1791», Founders Online, National Archives, último acceso el 11 de abril de 2019, <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-22-02-0017>. [Fuente original: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 22, 6 de agosto de 1791-31 de diciembre de 1791, Charles T. Cullen, (ed.), Princeton, Princeton University Press, 1986, pp. 17-18.]

[7] George P. Shultz, William J. Perry, Henry A. Kissinger y Sam Nunn, «How to Protect Our Nuclear Deterrent», *The Wall Street Journal*, 19 de enero de 2010; extraído de <https://www.wsj.com/articles/SB1000142405 2748704152804574628344282735008>.

[8] Corte Internacional de Justicia, «Legality of the Threat or Use of Nuclear Weapons», 8 de julio de 1996, <https://www.icj-cij.org/en/case/95>.

[9] Asamblea General de las Naciones Unidas, sesión setenta y uno, «General and Complete Disarmament: Taking Forward Multilateral Nuclear Disarmament Negotiations», 14 de octubre de 2016 (adoptado el 27 de octubre de 2016), <http://reachingcriticalwill.org/images/documents/Disarmament-fora/1com/1com16/resolutions/L41.pdf>. El 7 de julio de 2017, la Asamblea General de las Naciones Unidas aceptó el texto del Tratado de Prohibición de las Armas Nucleares, pero aún no ha entrado en vigor (nota de los editores originales).

[10] «The Dooms-day Clock», Bulletin of Atomic Scientists, <https://thebulletin.org/doomsday-clock/>.

[11] En 2019, el Bulletin of Atomic Scientists puso el Reloj del Apocalipsis a dos minutos para la medianoche, y así sigue en el momento en que se prepara esta publicación. Véase el capítulo 5, «La tercera amenaza».

[12] Las expectativas de Gorbachov eran que la cobertura de la OTAN no se extendiera al antiguo territorio de la República Democrática Alemana ni más allá de las fronteras de una Alemania unificada.

[13] Shifrinson, Joshua R. Itzkowitz, «Deal or No Deal? The End of the Cold War and the U.S.

Offer to Limit NATO Expansion», *International Security*, vol. 40, n.º 4, primavera de 2016, pp. 7-44, <https://www.belfercenter.org/sites/default/files/files/publication/003-ISEC_a_00236-Shifrinson.pdf>.

[14] Sakwa, Richard, *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, Londres, I.B. Tauris, 2016.

[15] Citado en Chomsky, Noam, *Deterring Democracy*, New York, Hill & Wang, 1992, p. 90. [Hay trad. cast.: *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica Editorial, 1992.]

[16] Hochschild, Arlie Russell, *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York, The New Press, 2016.

[17] Congress of Industrial Organizations («Congreso de Organizaciones Industriales»), una federación de sindicatos que organizó a los trabajadores en sindicatos industriales en Estados Unidos y Canadá entre 1935 y 1955.

[18] Stephan, Maria J. y Erica Chenoweth, «Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict», *International Security*, vol. 33, n.º 1, verano de 2008, pp. 7-44.

[19] Burnham, Walter Dean, *The Current Crisis in American Politics*, Oxford y Londres, Oxford University Press, 1982.

[20] Departamento de Defensa, *Summary of the 2018 National Defense Strategy of the United States of America*, 2018, <https://dod.defense.gov/Portals/1/Documents/pubs/2018-National-Defense-Strategy-Summary.pdf>.

[21] Robert Pollin, Heidi Garrett-Peltier, Jeannette WicksLim, Shouvik Chakraborty y Tyler Hansen, *Green Growth Programs for U.S. States*, 2017, <https://www.peri.umass.edu/publication/item/1032-green-new-deal-for-u-s-states>.

[22] El vídeo y el audio completos del acontecimiento, patrocinado por la Campaña por la Paz, el Desarme y la Seguridad Común, encuentro5, Acción por la Paz Massachusetts y el Wallace Action Fund, están disponibles en el sitio de internet <http://ChomskySpeaks.org>.

[23] Oficina del Secretario de Defensa, «Revisión de la postura nuclear», 2018, <https://media.defense. gov/2018/Feb/02/2001872886/-1/-1/1/2018- NUCLEAR-POSTURE-REVIEW-FINAL-REPORT.PDF>.

[24] Postol, Theodore A., «Russia May Have Violated the INF Treaty. Here's How the United States Appears to Have Done the Same», *Bulletin of Atomic Scientists*, 14 de febrero de 2019, <https:// thebulletin.org/2019/02/russia-may-have-violated-the-inf-treaty-heres-how-the-united-statesappears-to-have-done-the-same/>.

[25] En las palabras del Bulletin, «Estas amenazas de primer orden —las armas nucleares y el cambio climático— se han venido exacerbando estos últimos años debido al incremento del recurso a la guerra informativa para minar la democracia en todo el mundo, aumentando el riesgo que suponen, junto a otras, y poniendo el futuro de la civilización en un extraordinario peligro. No hay nada normal en la compleja y aterradora realidad que acabamos de describir», <https://thebulletin.org/doomsday-clock/>.

[26] <https://libraries.mit.edu/chomsky/>.

[27] <http://chomsky.info>.

[28] <http://ChomskyList.com>.

[29] Hay traducción al castellano: *Los guardianes de la libertad*, Barcelona, Austral, 2013.

[30] Hay traducción al castellano: *Por razones de Estado*, Barcelona, Ariel, 1975.

[31] Hay traducción al castellano: *El gobierno en el futuro*, Barcelona, Anagrama, 2005.

[32] Hay traducción al castellano: *Hegemonía o supervivencia: La estrategia imperialista de Estados Unidos*, Barcelona, Ediciones B, 2016.

[33] Hay traducción al castellano: *El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina*, Barcelona, Traficantes de Sueños, 2004.

[34] Hay traducción al castellano: *Chomsky. Lenguaje, mente y política*, Pamplona, Laetoli, 2006.

[35] Véase <www.chomskyspeaks.org>.

Índice